

COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE



BUENAS NOCHES, SABINA

Edición de Óscar Barrero Pérez

Esta Edición forma parte del Proyecto de I+D **La comedia de posguerra: Teatro completo de Víctor Ruiz Iriarte (1945-1975)** (Proyecto MEC HUM-61754), dirigido por Víctor García Ruiz (Universidad de Navarra), y compuesto por los doctores Óscar Barrero Pérez (Universidad Autónoma de Madrid), Berta Muñoz Cáliz (Centro de Documentación Teatral), Juan Antonio Ríos Carratalá (Universidad de Alicante) y Gregorio Torres Nebrera (Universidad de Extremadura).

© Textos: Herederos de Víctor Ruiz Iriarte.

© Edición y notas de “Buenas noches, Sabina”:
Óscar Barrero Pérez

BUENAS NOCHES, SABINA es la última comedia de Víctor Ruiz Iriarte. La última comedia estrenada, por lo menos.

A veces, un autor, en su ida, se lleva consigo una obra ya trazada en la mente. O deja en unos apuntes, en unas notas, en un plan, otro germen.

¿Sabe un autor cuándo una obra suya va a ser la postrera? La Vida suele jugar malas pasadas.

También, un autor, sin habérselo propuesto de antemano, interrumpe, un día, su producción. Pero eso no quiere decir nada. Su cabeza no dejará por eso de bullir. Mantendrá en pie sus proyectos. Se dejará mecer por las ilusiones. Y sentirá el zumbido sorprendente de muchas nuevas ideas.

Para el lector, para el espectador, para el crítico, aun para el amigo, esta es la última comedia de Ruiz Iriarte, y en paz.

Víctor Ruiz Iriarte nunca comunicó, ni al compañero ni al amigo, su obra entre manos, ni siquiera el más leve esbozo. No hizo partícipe a nadie de sus ilusiones profesionales.

Un autor, en sus últimos tramos suele condensar, depurar, su labor anterior. Casi se ajusta, se copia a sí mismo, para dejar bien grabado su sello.

Víctor Ruiz Iriarte, en «Buenas noches, Sabina», es un puro trasunto de sí y de sus modos. Repite las muletillas tantas veces empleadas en su burbujeante diálogo. Sus exclamaciones, parte de sus peculiares expresiones. Sus insultos y sus imprecaciones. Su insistida mención de algunas políticas de su tiempo: «Yo soy muy de derechas». Su burla de la moral «al uso», ya en desuso: «Porque yo soy muy moral». Y hasta ese «¡Hala!», como un disparo, con que los personajes rematan sus dialécticas.

En «Buenas noches, Sabina» –y de ahí el interés de esa comedia– el autor se asume y se resume, muy a gusto.

«Buenas noches, Sabina» –más en el fondo que en la forma– es un vodevil, a su personal manera. ¿Hay que decir que un vodevil es un drama distorsionado, un drama en el que lo tremendo está descafeinado con el humo?

En los vodeviles de Víctor Ruiz Iriarte –si así lo puede calificar su dulcificación del conflicto dramático– el drama, lo que fatalmente tendría que suceder, no solo está hábilmente diluido, sino que parece incluso suavizado. Lo verde resulta teñido amorosamente de rosa.

Tenía que resultar así «Buenas noches, Sabina», viniendo de quien venía: un drama disuelto en un juego amable y sonriente. Hay motivos más que suficientes, por acumulación, para que un autor de otro tiempo y de otra especie se sacase de la manga no solo una muerte.

¿Qué ha pasado en el mundo, y en Víctor Ruiz Iriarte, para que lleguemos a la actualidad urgente de «Buenas noches, Sabina» y el eje de toda la clásica dramaturgia –el honor– quede a un lado y pase a disminuirse como «la honra», que hasta se limita en «un puntillo»?

Víctor Ruiz Iriarte juega, como casi siempre, con fuego, en esta comedia; con todo lo que antes era aprovechado como materia explosiva, para salir indemne sin chamuscarse siquiera.

No se trata del benigno perdón convencional, de tan honda estirpe dramática. Es el perdón comprensivo, complaciente, cómodo, como solución, brindado con una intencionada sonrisa.

Quizá los tiempos han arrinconado las tremendas palabras –adulterio, culpa, pasión, deslealtad, perfidia, alevosía...– que pasaron a ser, en descenso, sustituidas por otras más manejables, como «flirt», por lo fino, y de ahí a enredo, aventura, aventurilla, lío y ligue.

El drama, convenientemente amasado, deja tranquilos a los protagonistas, a fin de cuentas. Y más aún a los espectadores, que lo subrayan con un apacible respiro de satisfacción, cada uno con su conciencia adormecida. Porque tampoco hay que tomarse ya ciertas cosas tan por lo trágico si se es civilizado y se toma con una reparadora dosis de humor, de ese sentido tan calmante que está en el Teatro de Víctor Ruiz Iriarte, donde todo puede quedar en una burla inteligente, en un mundo feliz, donde todo se resuelve sin aspavientos y queda en los labios, en lugar de una amargura, un plácido sabor a miel.

De esa miel cuyo gusto y regusto nos ha dejado la suavidad con que Víctor Ruiz Iriarte ha tocado en su teatro los más atrevidos tejemanejes.

José López Rubio

BUENAS NOCHES, SABINA
COMEDIA EN UN PRÓLOGO Y DOS ACTOS,
DIVIDIDOS EN CINCO CUADROS

Estrenada en el Teatro Arlequín de Madrid, el 25 de septiembre
de 1975 con el siguiente REPARTO (por orden de aparición en escena)¹

SABINA Julia Martínez
MANUEL Rafael Alonso
LOLITA Fina Torres
AMPARO Carmen de la Maza
NICOLÁS Francisco Piquer

Dirección: Víctor Ruiz Iriarte

1 Reconstruyo el reparto, que no consta en la única edición de la obra (Madrid: Preyson, 1983).

PRÓLOGO

En una absoluta oscuridad, con las luces de la sala y las del escenario totalmente apagadas, se oye una música lejana.

(Unos segundos después, sobre la música, surgen las voces de Sabina y Nicolás)

VOZ DE NICOLÁS.—¡Hola!

VOZ DE SABINA.—¡Hola!

VOZ DE NICOLÁS.—Bonita fiesta, ¿verdad?

VOZ DE SABINA.—¡Oh, sí! ¡Una fiesta espléndida!

(Un suave silencio)

VOZ DE NICOLÁS.—¡Oiga! ¿Usted y yo no nos conocemos?

VOZ DE SABINA.—¡No! No nos conocemos.

VOZ DE NICOLÁS.—¡Je! Es curioso lo que sucede en las fiestas, ¿verdad? Se da por supuesto que todos se conocen y, claro, nadie presenta a nadie...

VOZ DE SABINA.—*(Riendo)* Sí, sí. Eso pasa siempre.

VOZ DE NICOLÁS.—Yo me llamo Nicolás. ¿Y usted?

VOZ DE SABINA.—¡Sabina!

VOZ DE NICOLÁS.—*(Alegremente)* ¡Vaya! Me gusta. ¡Buenas noches, Sabina!

VOZ DE SABINA.—¡Buenas noches, Nicolás!

VOZ DE NICOLÁS.—¿Una copa?

(Ella ríe divertidísima)

VOZ DE SABINA.—¿Otra? ¡Oiga! Le advierto que esta noche ya he tomado varias copas y estoy un poquito, un poquito...

VOZ DE NICOLÁS.—¡No importa!

VOZ DE SABINA.—¿Usted cree? Bueno, entonces, venga esa copa...

VOZ DE NICOLÁS.—¡Bravo! ¡Así me gusta!

(Ríen los dos. Ahora se hace un súbito silencio. Y vuelve a oírse la voz de Nicolás. Una voz caliente y, realmente, arrolladora)

VOZ DE NICOLÁS.—¡Guapa!

(La voz de Sabina, un tanto inquieta)

VOZ DE SABINA.—¿Quién? ¿Yo? ¡Oiga! Pero ¿es que me va usted a hacer el amor?

(Él replica con muchísima dignidad)

VOZ DE NICOLÁS.—¡Señora! ¡Por favor! ¿Quién piensa en eso?

(Bruscamente, sube de tono la música)

SE ENCIENDEN LAS LUCES EN ESCENA

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Toda la acción de la comedia se desarrolla en este salón, habitación principal de un piso muy confortable y muy bien puesto. Las paredes, en una buena parte, están revestidas de libros.

Una gran entrada, diáfana, al fondo. A la izquierda –términos del espectador– la terraza. En el lateral de la derecha, dos puertas.

Junto a la cristalera de la terraza, una pequeña mesa escritorio con pantalla. En la zona de la derecha, un espléndido sofá y unos sillones. Delante del sofá, una mesita. Cerca, un veladorcito con otra pantalla y el teléfono.

(De noche. No hay nadie en escena. Pero a los pocos segundos, bajo el dintel de la entrada del fondo, aparece Sabina. Viste un bonito modelo de cóctel. Viene desolada. Se detiene un instante en el fondo: con una mirada recorre toda la estancia, asustadísima. De puntillas, va hasta la segunda puerta de la derecha –la alcoba– que está entreabierta. Escucha, muy atenta, con verdadera ansiedad. Luego, cierra la puerta, suavemente, sin ruido. Vuelve. Toma el auricular del teléfono y, muy aprisa, marca un número. Habla enseguida, con la voz sofocada y una enorme angustia)

SABINA.—*(Al teléfono)* ¡Amparo! ¿Eres tú? Soy yo, Sabina. *(Escucha un poco y se indigna)* ¡Sí! ¡Sabina! ¡Sabina! ¡Amparo! ¡Por Dios! ¡Espabílate! ¡Despierta de una vez, que tengo que decirte algo muy importante! ¡Sí! Ya sé, ya sé que son las cuatro de la madrugada. Pero ¿qué importa eso? ¡No!! ¡No cuelgues! ¡Te lo suplico! Escucha, Amparo. Esta noche me ha sucedido algo espantoso, algo terrible, algo... *(Se echa a llorar)* ¡Claro! Estoy llorando. Pero ¿cómo no voy a llorar, Dios mío? ¿Cómo no voy a llorar? ¿Mi marido? ¡Mi marido está durmiendo! ¡Pobre Manuel! ¡Pobrecito mío! *(Llora sin consuelo. De pronto, con una inmensa desesperación)* ¡Amparo! ¡Soy una mala mujer! ¡Calla! ¡No me digas que no! ¡Pero si no sabes lo que ha pasado! Escucha, Amparo. ¡Esta noche he tenido una aventura! ¿Cómo? ¡Que sí! ¡Que sí! ¡Que te lo juro! ¡Que he engañado a mi marido!! *(Un sollozo desgarrador)* ¡Sí! ¡Yo! ¡Yo! ¡Sabina Fontán! ¡La misma! ¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Que te lo cuente con detalles? Pero, Dios mío, si todavía no sé cómo ha sido, si aún me parece un sueño, si estoy a punto de volverme loca. Escucha, Amparo. Te llamo porque tú eres mi

mejor amiga y porque tú, aunque eres soltera, tienes mucha costumbre de estas cosas. ¿Qué hago, Amparo? ¿Qué hago? ¿Preparo una maleta y me voy muy lejos, muy lejos, al fin del mundo? ¿Me tomo un frasco de píldoras para dormir y, hala, no se hable más? ¿O entro ahora mismo en la alcoba, despierto a mi marido y se lo cuento todo? ¿No? ¿Eso nunca? ¿Tú crees? ¡Ay, Amparo! Yo me quiero morir, yo me quiero morir...

(Cuelga. Y solloza, sin consuelo)

¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

(Un gran silencio durante el cual solo se oyen los entrecortados sollozos de Sabina. Un reloj, dentro, da cuatro campanadas. Sabina, despacio, se incorpora y mira en torno con angustia. Va hacia la alcoba. Abre, con mucho cuidado, la puerta. Pero entonces se oye dentro la voz de Manuel, que habla entre bostezos)

MANUEL.—*(Dentro)* ¡Hum! ¿Eres tú, Sabina? ¿Estás ahí?

SABINA.—Sí, cariño...

(Vuelve Sabina, despacito. Unos segundos después aparece Manuel. Es un ciudadano de aspecto apacible, muy intelectual y un poco desaliñado. En pijama y zapatillas, viene ajustándose el cinturón de la bata)

MANUEL.—¡Je! ¿Ya estás de vuelta?

SABINA.—Sí.

MANUEL.—No te oí llegar. ¿Es muy tarde?

SABINA.—Oh, no...

MANUEL.—¡Hum! Me caigo de sueño. Bum, bum, bum... *(Bosteza escandalosamente. Y, de pronto, muy jovial)* Bueno, ¿y qué? ¡Cuéntame! ¿Qué ha pasado?

(Un silencio brevísimo)

¿Te has divertido en la fiesta de los Salcedo?

SABINA.—Pues, realmente...

MANUEL.—¿Había mucha gente?

SABINA.—Muchísima...

MANUEL.—Pero ¿gente importante?

SABINA.—Sí, creo que sí...

MANUEL.—¿El todo Madrid?

SABINA.—Eso...

MANUEL.—¡Vaya! ¡Qué bien! ¿Me disculpaste?

SABINA.—¡Claro! Le dije a Marta Salcedo que te habías quedado en casa trabajando en tu conferencia del Ateneo...

MANUEL.—¡Soberbio! Bueno, en realidad, todo el mundo sabe que a mí las fiestas me tienen sin cuidado. No me gusta el whisky, me fastidia el caviar y no soporto tres o cuatro horas de conversación con unas personas que no me importan nada. A mí lo que de verdad me encanta es pasar la velada aquí, en mi casa, entre mis papeles y mis libros, y luego, ¡hala!, a dormir, dormir y dormir... *(Muy dichoso)* ¡Qué caramba! Hay que dormir. Es muy importante. El doctor Montiel, que vive en el piso de al lado y es un psiquiatra eminente, cuando me lo encuentro en el portal o en el ascensor, siempre me dice lo mismo: «Duerma, amigo mío; duerma mucho. Duerma todo lo que pueda. Un intelectual no está en plena forma si no duerme bien». *(Resueltísimo)* Conque no se hable más. ¡A la cama!

(Marcha hacia la alcoba. Pero se detiene porque Sabina llama)

SABINA.—¡Manuel!

MANUEL.—¿Qué?

SABINA.—*(Muy bajito)* Te quiero...

(Él se vuelve entre risueño y sorprendido)

MANUEL.—¿Cómo? ¿Que me quieres?

SABINA.—Sí.

MANUEL.—¡Claro! Demasiado sé yo que me quieres. Pero ¿por qué me dices eso ahora?

SABINA.—*(Sonrojadísima)* No lo sé. ¡No lo he podido evitar!

SABINA.—¡Je! ¡Qué niña eres!

(Manuel se calla. Piensa un poco y ahora habla beatíficamente, como un santo)

Yo también te quiero mucho, Sabina. A veces me pregunto a mí mismo si yo, como cualquier otro hombre, podría engañar a mi mujer. ¡Oh! Por azar,

por juego, por frivolidad. ¡Qué sé yo! Por todas esas razones, absurdas y sin sentido que un hombre tiene para engañar a una mujer. Pero la respuesta es siempre la misma: ¡No! ¡No podría engañarte! Me parecería que dejaba de ser honrado. ¡Je! ¿Me comprendes?

SABINA.—Sí...

MANUEL.—(*Se ríe*) ¡Demonio! Pero ¿qué me pasa a mí? ¡Me estoy poniendo sentimental!

(*Otra vez está a punto de salir*)

¡Sabina! No tardes. Acuéstate pronto.

SABINA.—Sí, cariño...

MANUEL.—¡Ah! Y me alegro mucho de que te hayas divertido...

SABINA.—(*Casi sin voz*) Gracias.

MANUEL.—Hasta mañana.

SABINA.—Hasta mañana...

(*Sale Manuel*)

SABINA.—(*Un sollozo*) ¡Oh!

OSCURO

CUADRO SEGUNDO

A la mañana siguiente. Por la cristalera de la terraza entra una luz alegre de primavera.

(En escena, Manuel y Lolita. Esta es una chica muy joven, muy tímida, al parecer, que usa gafas. Está sentada en una silla, junto al escritorio, y tiene entre las manos un bloc y un lápiz. Manuel, junto a la segunda puerta de la derecha –que está cerrada–, escucha sonriente)

MANUEL.—¡Je! Todavía duerme mi mujer. La pobre estuvo anoche en una fiesta y, claro, como no tiene costumbre...

(Vuelve)

¿Por dónde íbamos?

(La muchacha consulta sus notas taquigráficas y lee:)

LOLITA.—Y esta es, señores, la metafísica del romanticismo...

MANUEL.—*(Dictando)* ¡Punto!

LOLITA.—Punto...

MANUEL.—Y aparte...

LOLITA.—Aparte.

MANUEL.—Bien. Y ahora, unas pocas palabras para terminar...

(Está en pie ante la entrada de la terraza. Dicta con evidente énfasis)

¡Ejem! ¡Señoras y señores! A lo largo de esta disertación, que ojalá no haya resultado para ustedes demasiado prolija y un tanto conceptual, hemos contemplado el rico y luminoso paisaje romántico del siglo XIX. Espero que las grandes razones históricas que de este análisis se desprenden nos ayuden a todos a comprender muchas circunstancias de este mundo difícil que vivimos...

LOLITA.—*(Como un eco)* Vivimos...

MANUEL.—*(Concluyente)* Nada más. He dicho.

(Lolita alza la frente y mira a Manuel casi embelesada)

LOLITA.—¡Bravo!

MANUEL.—*(Complacidísimo)* ¿Sí? ¿Le gusta a usted el colofón? ¿De veras?

LOLITA.—*(Con entusiasmo)* Me gusta todo, don Manuel. Es una conferencia fantástica. Esta tarde, cuando lea usted estas cuartillas en el Ateneo, el público se va a poner de pie y todos van a aplaudir como locos...

MANUEL.—*(Muy halagado)* ¡Je! ¿Usted cree?

LOLITA.—¡Huy!

LOLITA.—¡Hum! No sé, no sé. Estos públicos minoritarios son, a veces, tan fríos. Pero, en fin, de todos modos espero que mi conferencia tenga cierto impacto. Porque la intención política está muy clara. ¿No cree usted?

LOLITA.—¡Digo! ¡Que si está!

MANUEL.—*(Un suspiro)* ¡Je! En este país la misión de intelectual es tan difícil...

LOLITA.—Sí, señor...

(Manuel, ahora, en una transición, adopta un tono muy campechano)

MANUEL.—Bueno. ¿Y qué cuenta mi querida secretaria? ¿Cómo van sus cosas?

LOLITA.—*(Muy pesimista)* ¡Huy! ¡Mis cosas! ¡Fatal!

MANUEL.—¡Ah! ¿Sí?

LOLITA.—Pero fatal, fatal...

MANUEL.—¡Criatura! ¿Qué le pasa?

LOLITA.—¡Toma! Pues eso: ¡que no me pasa nada! ¡Que me aburro! ¡Que para mí la vida no tiene sentido! ¡Que no me realizo!

MANUEL.—*(Estupefacto)* Pero, Lolita, ¿cómo puede usted hablar así? ¡Si es usted tan joven!

LOLITA.—¡Anda! Pues ese es mi drama. Porque lo que yo me digo: Si ahora que soy tan joven no me pasa nada, ¿cuándo me va a pasar?

MANUEL.—*(Optimista)* Ea, ea. Usted lo que necesita es un buen novio...

LOLITA.—¡Huy! Novio, novio. Eso está muy difícil. Los chicos solo quieren besuqueo y jaleo, ¿sabe usted? Pero de casarse nada. Dicen que no hace falta...

MANUEL.—*(Indignadísimo)* ¡No me diga! ¡Pero qué descaró y qué desenfreno y qué...!

LOLITA.—(*Muy resuelta*) ¿Sabe usted lo que le digo, don Manuel? ¡Que, a lo mejor, un día, de pronto, me hago una fresca!

MANUEL.—(*Muy alarmado*) ¿Cómo? ¿Qué está usted diciendo?

LOLITA.—¡Huy! Lo estoy pensando mucho...

MANUEL.—Pero, Lolita...

LOLITA.—¡Oiga! Y como yo me haga fresca, ya verá. ¡Más fresca que ninguna!

MANUEL.—(*Un respingo*) ¡Lolita!

LOLITA.—Mire: para tomar conciencia, ya estoy leyendo a Marcusse²...

MANUEL.—(*Alteradísimo*) ¡Basta! ¡No me nombre usted a Marcusse! ¡Que me pongo muy nervioso!

LOLITA.—¡Oh!

MANUEL.—(*Muy severo*) ¡Lolita! ¡Le prohíbo terminantemente que diga más disparates! ¡Vamos! Pero ¿qué ideas se le han metido a usted en la cabeza? ¿Es que se ha vuelto usted loca? Una muchacha como usted, tan decente, tan seria, tan formal...

LOLITA.—(*Dolorosamente*) ¡Don Manuel! Es que soy una víctima de la sociedad...

MANUEL.—¡A callar! ¡Ni una palabra más!

LOLITA.—(*Muy compungida*) ¡Ay, Dios mío!

MANUEL.—¡Hala! ¡A trabajar! Ponga usted a máquina todas esas notas.

LOLITA.—Sí, señor...

(La muchacha, llevándose su bloc de notas, cruza hacia la primera puerta de la derecha. Manuel la está mirando con muchísima severidad. Pero, ahora, su expresión se dulcifica y se dirige a la chica en un tono muy paternal)

MANUEL.—¡Lolita!

(Lolita se detiene)

LOLITA.—Mande...

MANUEL.—¡Lolita! Está usted viviendo una crisis. Una difícil crisis espiritual, diría yo. Y necesita usted ayuda urgentemente. Vamos a ver. ¿Por qué no habla usted con mi mujer? Ella puede darle muy buenos consejos. ¡Ah! Usted ya conoce a Sabina. Tiene todas las virtudes. Pero, sobre todo, Lolita, y esto es

2 *Herbert Marcuse*: filósofo alemán (1898-1979) muy leído en España en los años 60 y 70.

lo que me hace sentirme tan orgulloso de ella, mi mujer, en cuestiones de moral es absolutamente intransigente...

LOLITA.—(*Un respingo*) Sí, señor...

(*Lolita sale por la primera puerta de la derecha. Manuel, muy satisfecho de sí mismo, va hacia la terraza rezongando bajito*)

MANUEL.—Bum, bum, bum...

(*Entra en la terraza y desaparece. La escena queda sola por un instante. Y dentro se oye la voz de Amparo que llama*)

AMPARO.—(*Dentro*) ¡Sabina! ¡Sabina! ¿Dónde estás?

(*Impetuosamente, surge Amparo en la entrada del fondo. Va muy bien vestida. Viene de la calle. Y sigue llamando*)

¡Sabina! ¡Cariño!

(*Se abre la segunda puerta de la derecha y aparece Sabina*)

SABINA.—(*Vivamente*) ¡Amparo!

AMPARO.—¡Sabina! ¡Hijita! Me he saltado todos los semáforos. He estado a punto de atropellar a una vieja, a un niño y a un guardia. Pero aquí me tienes. Porque la verdad es que desde que me llamaste esta madrugada estoy que no vivo...

(*Sabina, con un infinito desconsuelo, se refugia entre los brazos de Amparo*)

SABINA.—¡Oh! ¡Amparo! ¡Amparo!

AMPARO.—(*Muy maternal*) ¡Mi pobre Sabina! ¡Lo que debes estar sufriendo! Tú tan recatada, tan honesta, tan...

SABINA.—(*Desgarradoramente*) ¡Calla! ¡Soy una mala mujer!

AMPARO.—(*Afectuosísima*) Quita, quita. ¡No digas eso!

SABINA.—(*Furiosa*) ¡Soy un pendón!

AMPARO.—(*Bondadosamente*) ¿Por qué? ¿Porque anoche te acostaste con un señor? Pero, hijita, si estas cosas pasan mucho...

SABINA.—¿Tú crees?

AMPARO.—¡Digo! ¡Si lo sabré yo...!

SABINA.—¡Oh!

(En este momento, por la terraza aparece Manuel. La presencia de Amparo le causa una gratísima sorpresa)

MANUEL.—¡Caramba! ¡Amparo! Tú por aquí...

AMPARO.—(*Con mucho desparpajo*) Hola, cielo. ¿Cómo estás?

MANUEL.—¡Je! Encantado de verte. ¿Qué ha sido de ti estos días? ¿Dónde has pasado el fin de semana?

AMPARO.—En Biarritz... Me invitaron los Mendoza.

MANUEL.—¡Ah! ¿Sí? ¿Y qué tal?

AMPARO.—¡Chico! Una maravilla. Tú no sabes cómo está Europa.

MANUEL.—¡Ah! El Mercado Común³...

AMPARO.—¡Je!

(Manuel mira a la una y a la otra, y sonrío con malicia)

MANUEL.—¿Qué? ¿Estáis de confianzas?

AMPARO.—Hombre...

MANUEL.—Pues, hala, hala, que yo no quiero molestar...

(Se dirige a la primera puerta de la derecha. Pero, antes de salir, se vuelve hacia Sabina con mucha seriedad)

Por cierto, Sabina. ¿Sabes que Lolita me preocupa? Esta muchacha está muy rara. ¿Qué digo rara? ¡Rarísima! ¡Dice unas cosas! Tengo la impresión de que en cualquier momento puede cometer una locura. Está perdiendo los resortes morales y, naturalmente, eso es peligrosísimo. Es necesario que hables un poquito con ella. ¿Comprendes? ¡Que la orientes! ¡Que la aconsejes! ¡Que le señales el buen camino! Después de todo, ¿quién mejor que tú?

3 Mercado Común: antecedente de la actual Unión Europea, creado por los Tratados de Roma en 1957.

(Sale. Amparo se indigna y Sabina se desconsuela)

AMPARO.—¡Jesús! ¡Qué pelma es tu marido!

SABINA.—¡Mi pobre Manuel! Es un santo...

AMPARO.—(*Impacientísima*) ¡Vamos! Habla ya. ¡Cuéntamelo todo! Pero aprisa, por favor, que no puedo más...

SABINA.—(*Apuradísima*) ¡Ay, Dios mío! Pero si todavía no sé cómo ha sido...

AMPARO.—Bueno. Eso pasa siempre...

SABINA.—(*Angustiadísima*) ¡Amparo! ¡Yo me quiero morir!

AMPARO.—¡Ay, Sabina!

SABINA.—¡Me quiero morir! ¡Me quiero morir!

AMPARO.—¡Vamos! Dime. ¿Quién es él? ¿Quién es ese barbián que te ha hecho perder la cabeza?⁴

SABINA.—(*Con desesperación*) ¡Pero si no le conozco...!

AMPARO.—(*Estupefacta*) ¿Cómo? ¿Es un desconocido?

SABINA.—¡Sí!

AMPARO.—(*Conmovidísima*) ¡Hola! Pero, entonces, ha sido algo fulminante, algo irresistible, algo...

SABINA.—(*Muy sonrojada*) ¡Sí!

AMPARO.—¡Un estallido de pasión!

SABINA.—¡Eso...!

AMPARO.—¡El vértigo! ¡La locura!

SABINA.—(*Con un estremecimiento*) ¡Cállate! ¡Por piedad! ¡No sigas!

AMPARO.—(*Con un enorme entusiasmo*) ¡Ay, madre mía! ¡Qué suerte!

SABINA.—(*Irritadísima*) ¡Amparo! ¡No seas descarada!

AMPARO.—¡Mujer! Entre nosotras...

SABINA.—¡¡Cállate!!

(Sabina, poseída por una vivísima desesperación, empieza a ir de aquí para allá)

¡Amparo! ¡Amparo! ¡Yo soy una golfa!

AMPARO.—¡Y dale! Pero, qué morbosa eres, nena...

SABINA.—¡Una golfa! ¡Una golfa!

AMPARO.—¡Calla!

SABINA.—¡Te digo que sí! ¡Una golfa!

4 Barbián: tipo desenvuelto, gallardo.

AMPARO.—¡Sabina! Deja eso y estate quieta. Háblame de Casanova.⁵ ¿Cómo se llama?

SABINA.—(*Bajito*) ¡Nicolás!

AMPARO.—¡Vaya! ¿Buena facha?

SABINA.—Oh...

AMPARO.—¿Intelectual?

SABINA.—Me parece que sí...

AMPARO.—¿De izquierdas o de derechas?

SABINA.—(*Furiosa*) ¿Y a mí qué me importa?

AMPARO.—¡Ay, hija! Es que ahora está todo tan politizado...

SABINA.—(*Desconsoladísima*) ¡Dios mío! Pero, qué frívola eres, Amparo. ¡Qué frívola!

AMPARO.—¡Sigue! ¡No divagues! ¿Dónde os encontrasteis?

SABINA.—En casa de los Salcedo. Anoche, los Salcedo daban una fiesta por todo lo alto y mi marido y yo estábamos invitados. Pero, a última hora, Manuel decidió quedarse en casa trabajando. Tú ya sabes: mi marido siempre está muy atareado con sus libros y sus conferencias y sus artículos y todo eso. Además, no le gustan las fiestas. Entonces, los dos de acuerdo pensamos que para no quedar mal con los Salcedo, que son muy buenos amigos, lo mejor sería que me pasara yo un ratito por la fiesta. Para hacer acto de presencia. Lo correcto, ¿no? Y dicho y hecho. Allá me fui. ¡Oh! Tú no sabes. El chalé de los Salcedo estaba lleno de gente. Un verdadero tumulto. Por lo visto, habían invitado a medio Madrid. No se podía dar un paso por aquellos salones. Todos hablaban a un tiempo. Todos se reían. De pronto, me vi rodeada por muchísimas personas que me decían cosas simpáticas y divertidas y me abrazaban y me besaban. Yo, la verdad, me puse contentísima. Me ofrecieron un «martini». Estaba muy rico. Y enseguida me tomé otro. Y, después, otro...

AMPARO.—(*Encantada*) ¡Ay, Sabina! Parece una película de Fellini⁶...

SABINA.—(*Casi llorando*) ¡Pero qué contenta estaba yo, Dios mío! ¡Qué contenta!

AMPARO.—¡Sigue!

SABINA.—Me tomé otro «martini»...

AMPARO.—¡Jesús!

SABINA.—(*Avergonzadísima*) Entonces, apareció él...

5 *Giacomo Casanova*: aventurero y escritor veneciano (1725-1798).

6 *Federico Fellini*: director italiano de cine (1920-1993).

AMPARO.—¿Sí? ¿Y qué?

SABINA.—¡Oh! Se quedó allí plantado, muy sonriente, mirándome y mirándome. Un poquito provocador. Porque se le veía, ¿sabes?, se le veía la intención...

AMPARO.—¡Qué tío!

SABINA.—Tú no sabes cómo me miraba. ¡A mí me entró un sofoco! ¡Un mareo! ¡Ay, Amparo! Se me iba la cabeza. (*Con cierta esperanza*) Eran los «martinis», ¿verdad?

AMPARO.—(*Segurísima*) ¡No! ¡Qué va!

SABINA.—¡Oh!

AMPARO.—¡Sigue! ¿Y qué te dijo?

(*Sabina calla. Por fin:*)

SABINA.—¡Guapa!

AMPARO.—¿Así? ¿De pronto?

SABINA.—Así, así...

AMPARO.—(*Entusiasmada*) ¡Hala! ¡A la antigua! ¡La moda «retro»!⁷ ¡Qué granuja!

SABINA.—Después, empezó a hablar y a hablar. Yo estaba muy asustada. Yo quería huir. ¿Comprendes? Escapar. Dejarle plantado con la palabra en la boca. Volar hasta aquí para refugiarme entre estas paredes. ¡Pero no podía! ¡Te juro que no podía! ¿Por qué, Amparo? ¿Por qué no podía?

AMPARO.—(*Tiernamente*) Calla, tonta. ¿Por qué va a ser?

SABINA.—Entonces...

(*Sabina se calla sofocadísima*)

AMPARO.—¿Qué?

SABINA.—Me invitó a tomar una copa en su apartamento para enseñarme un cuadro de Picasso....

(*Amparo se yergue emocionadísima con los ojos abiertos de par en par*)

AMPARO.—¿Ya?

SABINA.—(*Indignada*) ¡Ah, sí, sí! Como lo oyes...

AMPARO.—(*Encantada*) Pero qué cínico...

7 *Moda «retro»*: tendencia a recuperar usos del pasado.

SABINA.—¡Oh! Es un hombre que no respeta nada...

AMPARO.—¿Y fuiste? ¿Fuiste a su apartamento?

SABINA.—(*Sencillamente*) ¡Claro! ¿Qué iba a hacer?

AMPARO.—Mujer...

(Pero, irremediabilmente, Sabina se echa a llorar de una manera incontenible)

SABINA.—Pero ¿por qué? ¿Por qué, Amparo? ¿Por qué fui tan débil? ¿Por qué no supe defenderme? ¿Por qué no le di una buena bofetada, que es lo que se merecía? ¿Por qué no grité y pedí socorro? ¿Por qué no llamé a la policía? ¿Por qué?

AMPARO.—¡Ay, Sabina! ¡Qué cosas preguntas!

SABINA.—¡Oh!

AMPARO.—Naturalmente, en el apartamento no había ningún cuadro de Picasso...

SABINA.—¡Oh, sí! El cuadro estaba allí...

AMPARO.—¿De veras?

SABINA.—En la alcoba...

AMPARO.—¿En la alcoba? ¡Qué estrategia!

SABINA.—¡Oh!

AMPARO.—(*Interesadísima*) Bueno. ¿Y qué? ¿Qué pasó en el apartamento?

(Sabina se estremece, roja de rubor)

SABINA.—¡Amparo! ¡Esa es una pregunta absolutamente indecente...!

AMPARO.—¿Cómo?

SABINA.—¡¡Cállate!! ¡No me preguntes! ¡Por Dios! ¡No me preguntes! Pero ¿no ves que me muero de vergüenza?

AMPARO.—¡Ay, Sabina! ¡Cariño!

SABINA.—¡Amparo!

AMPARO.—¿Qué?

SABINA.—Yo no sabía que eso fuera tan fácil, tan sencillo, tan...

(Se calla. Pero se derrumba)

Pero, Dios mío, ¿qué me ha pasado a mí? ¿Cómo ha sido posible? ¿Cómo he podido caer así? ¿Cómo he podido olvidarme de mi marido, de mí misma, de todo? ¿Por qué no supe resistir? ¿Por qué? ¿Porque había tomado unas

copas y la cabeza me daba vueltas? ¿Porque aquel hombre me miraba como nunca, nunca, ningún hombre me había mirado? (*Con una intensa desesperación*) ¡Amparo! ¿Es que anoche me volví loca de pronto? ¿O es que dentro de mí hay otra mujer que yo no conocía? Entonces, ¿quién soy yo? ¿Soy una cualquiera? ¿Una perdida?

AMPARO.—¡No! ¡Por favor!

SABINA.—(*Con terror*) ¡Amparo! ¿Es que soy una puta?

AMPARO.—Pero, criatura...

SABINA.—(*Furiosísima*) ¡Sí! ¡Eso es lo que soy yo! ¡Una puta! ¡Una puta!

AMPARO.—(*Un poquito cargada*) Bueno, mira, si ahora empiezas a magnificar las cosas...

SABINA.—(*Gritando*) ¡Amparo! ¿Qué estás diciendo?

AMPARO.—¡Sabina!

SABINA.—¡Cállate! ¡Por Dios! ¡Cállate!

(En este momento, se abre la primera puerta de la derecha y aparece Manuel tranquilísimo)

MANUEL.—(*Optimista*) ¿Qué? ¿Estorbo?

AMPARO.—¡No! ¡Qué va! ¡Adelante!

MANUEL.—Oye. Tengo una idea. ¿Por qué no te quedas a almorzar con nosotros?

AMPARO.—¡Claro! Encantada...

MANUEL.—¡Bravo!

(Y se va tan contento por el fondo. En el acto, Amparo se vuelve hacia Sabina)

AMPARO.—¡Sabina! ¡Por lo que más quieras! ¡Serénate! Tienes que dominar esos nervios. Naturalmente, ya me hago cargo de que es la primera vez...

SABINA.—(*Con angustia*) ¡Calla! ¡Déjame! ¡No me mires! ¡No me digas nada! ¡Nada! ¡Por favor!

(Entra en la terraza y desaparece)

AMPARO.—Jesús...

(Después de un instante de indecisión, va a seguir a Sabina. Pero en este momento aparece otra vez Manuel. Mira a un lado y a otro y llama cautelosamente)

MANUEL.—¡Chiss! ¿Estás sola?

(Amparo se vuelve vivamente)

AMPARO.—¡Manuel!

(Callan. Los dos se miran largamente, con un insólito embeleso. Y en un vivísimo arranque, van el uno hacia el otro y se abrazan. Un beso apasionadísimo)

Oh...

(Manuel reacciona muy asustado y se aparta de Amparo precipitadamente)

MANUEL.—¡Cuidado! ¡Que mi mujer está por ahí!

AMPARO.—*(Enamoradísima)* ¡Huy! ¡Me tienes loca! Cada día más...

MANUEL.—¡Chiss! Habla más bajo...

AMPARO.—Pero ¿por qué me gustas tanto? ¡Granuja!

MANUEL.—¡Silencio!

AMPARO.—¡Golfo!

MANUEL.—*(Inquietísimo)* Amparo, Amparo...

AMPARO.—*(Con tierna indignación)* ¡Hipócrita! ¡Que eres un hipócrita!

MANUEL.—¡Amparo! ¡No seas imprudente! ¡Caramba!

AMPARO.—Anoche no me llamaste...

MANUEL.—No pude...

AMPARO.—¿Por qué?

MANUEL.—Me dormí...

AMPARO.—¡Huy! ¡Qué ladrón!

MANUEL.—¡Chiss! Prudencia, mucha prudencia...

(Se va, casi de puntillas, y desaparece por la primera puerta de la derecha, que cierra tras de sí. En el acto, aparece Sabina. Avanza y se refugia, desolada, entre los brazos de Amparo)

SABINA.—¡Amparo! ¡Amparo! ¿Qué va a ser de mí?

AMPARO.—¡Por Dios, hijita! ¡Sosiégate! ¡Que tienes una aptitud para el drama!

SABINA.—¡Oh!

AMPARO.—Mírame a mí: itan tranquila!

SABINA.—¡Amparo! ¿Qué hago? ¿Qué puedo hacer? ¡Dímelo tú!

AMPARO.—¡Ea! ¡Por favor! Hablemos con serenidad, si es posible. Después de todo, ¿qué ha pasado? ¡Nada! Aquí no ha pasado nada...

(Sabina alza la frente y mira a Amparo absolutamente horrorizada)

SABINA.—Pero ¿cómo puedes decir eso?

AMPARO.—*(Muy superior)* Calla, tontita, calla...

SABINA.—*(Casi chillando)* ¿Te parece poco lo que ha pasado? ¡He engañado a mi marido!

AMPARO.—*(Tranquilísima)* Bueno, ¿y qué?

SABINA.—¡Amparo!

AMPARO.—¡Qué tontería!

SABINA.—*(Chillando)* ¡¡Amparo!!

AMPARO.—*(Sensatísima)* No eres la primera, cariño. Estoy segura de que por ahí andan muchas mujeres, muchísimas, ¿sabes?, que por una vez, solo por una vez, se han vuelto un poquito locas y han engañado a su marido. Y, naturalmente, como nadie se ha enterado, y el marido, pobrecito, menos que nadie, ellas siguen siendo tan señoras, tan decentes y tan respetables como antes. ¡Ay, Sabina! ¡Hijita! Esto de la moral ha evolucionado mucho y no podemos oponernos al avance de los tiempos. Mira. Esta mañana, lo que sucedió anoche te parece algo gravísimo, terrible y trascendental. Pero cuando pase algún tiempo le darás menos importancia, ya verás. Y cuando tú y yo seamos viejecitas lo recordaremos, sencillamente, como algo picante y divertido. ¡Oye! ¡Y lo que nos vamos a reír! *(Con toda resolución)* ¡Hala! Conque no se hable más de este asunto. A Nicolás no volverás a verle nunca. Tu marido no se enterará jamás. Y tú lo vas a olvidar todo. ¿Me oyes? Para empezar, hoy harás tu vida de todos los días. ¡Oye! ¡A propósito! Tenemos que ocuparnos del Roperero de los negritos.

(En este instante, se oye dentro la voz alegre y desenfadada de Nicolás)

NICOLÁS.—*(Dentro)* Deje, deje. No me anuncie. ¡Soy un amigo! ¡Un viejo amigo!

(Sabina, asustadísima, se vuelve hacia el fondo)

SABINA.—¿Cómo? ¿Quién está ahí?

(Vuelve a oírse a Nicolás, que habla más cerca)

NICOLÁS.—*(Dentro)* ¡Ah de la casa! ¿Dónde está el hombre ilustre? ¿Dónde está el Excelentísimo señor Don Manuel Fontán y Montesinos?

(En la entrada del fondo, surge, briosamente, Nicolás. Es algo más joven que Manuel. Muy desenvuelto. Al ver a Sabina ante sí se queda estupefacto)

¡Sabina! ¿Qué haces tú aquí?

SABINA.—*(Lívida)* ¡Jesús!

(Se le doblan las rodillas y, sin remedio, cae desvanecida sobre la alfombra)

AMPARO.—*(Un grito)* ¡Ayyy...!

NICOLÁS.—*(Alarmadísimo)* ¡Sabina! Pero, Sabina...

AMPARO.—¡Se ha desmayado...!

NICOLÁS.—¡Por todos los santos!

AMPARO.—¡Huy! ¡Qué soponcio!

NICOLÁS.—¡Sabina!

AMPARO.—¡Hijita! ¡Vuelve!

(Nicolás se inclina sobre Sabina y la alza entre sus brazos)

NICOLÁS.—¿Dónde la pongo?

AMPARO.—¡Ahí!

(Nicolás deposita a Sabina en el sofá. Amparo, nerviosísima, empieza a sacudirle cachetitos en las mejillas)

AMPARO.—¡Sabina! ¡Nena! ¡Óyeme. Soy yo, Amparo. ¡Sabina! ¡Cielo! ¡No me asustes!
¡Abre los ojos!

SABINA.—*(Mareadísima)* ¡Ay, madre mía!

(Abre los ojos, ve a Nicolás y suelta un grito horrorizada)

¡Ayyy...!

NICOLÁS.—¡Sabina! ¡Escucha!

SABINA.—¡¡Socorro!!

NICOLÁS.—¡Hum!

(Amparo observa a Nicolás con una terrible sospecha)

AMPARO.—¡Sabina! Dime la verdad. ¿Es este...?

SABINA.—*(Aterrada)* ¡Sí! Es este, es este...

AMPARO.—*(Muy soliviantada)* Me lo estaba figurando. ¡Qué sinvergüenza!

NICOLÁS.—¡Señora!

SABINA.—*(Excitadísima)* ¡Amparo! ¡Dile que se vaya! ¡Dile que yo soy una señora!

AMPARO.—¡Andando! ¡A la calle!

NICOLÁS.—¡Sabina!

SABINA.—*(Heroica)* ¡¡Atrás!! ¡No se acerque!

AMPARO.—*(Indignadísima)* ¡Oiga! Pero ¿qué viene usted a hacer aquí?

(Sabina se planta impetuosisima ante Nicolás)

SABINA.—¿Qué quiere usted de mí? ¿Para qué ha venido? ¿Para humillarme? ¿Para recordarme que anoche fui débil? ¿Para gozarse de su conquista?

AMPARO.—¡Ah! ¡El machismo de los españoles! ¡Qué país!

NICOLÁS.—¡Señora!

AMPARO.—En Biarritz no pasa esto...

NICOLÁS.—*(Indignado)* ¿Quiere usted callarse?

AMPARO.—¡Grosero!

SABINA.—¡Oiga! ¡Usted no es un caballero!

AMPARO.—¿Qué es lo que pretende? ¿El escándalo? ¡Ah! Pues cuidado conmigo. ¡Que yo soy muy de derechas!

NICOLÁS.—*(Atónito)* ¡Oiga! Pero ¿es que usted sabe...?

AMPARO.—¡Sí! ¡Lo sé! ¡Lo sé todo! ¡Sabina no tiene secretos para mí!

NICOLÁS.—¿Es usted la señora de Manuel Fontán?

(Sabina salta angustiadísima)

SABINA.—¡No! ¡La señora de Manuel Fontán soy yo!

NICOLÁS.—*(Muy impresionado)* ¿Tú?

SABINA.—¡Sí!

NICOLÁS.—*(Estupefacto)* ¿Tú estás casada con Manuel?

SABINA.—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

NICOLÁS.—(*Muy enfadado*) ¡Pero, hombre! Este Manuel...

SABINA.—¡Oh!

(*Nicolás reacciona con muchísimo brío*)

NICOLÁS.—¡Sabina! ¡Te juro por lo más sagrado que yo no sabía que Manuel Fontán era tu marido! ¡Maldita sea! Pero ¿cómo iba a saberlo? ¡Si ni siquiera sabía que tú estabas casada! Anoche no me lo dijiste. Anoche fue todo tan rápido, tan fulgurante, tan maravilloso. Pero ¿es que ya lo has olvidado, amor mío?

(*Sabina suelta un grito y escapa horrorizada*)

SABINA.—¡Ayyy...!

NICOLÁS.—¡Sabina!

SABINA.—¡Oiga! ¿Con qué derecho me habla usted así? ¡Yo soy una mujer decente!

NICOLÁS.—¿Cómo? Pero ¡es que ya no te acuerdas? ¡Anoche me juraste que no me olvidarías nunca!

SABINA.—(*Furiosa*) ¡Cállese! ¡No me lo recuerde!

NICOLÁS.—¡Oh!

SABINA.—¡¡Maleducado!!

(*Nicolás se vuelve hacia Amparo, suplicante*)

NICOLÁS.—¡Oiga! Dígale usted a Sabina...

AMPARO.—(*Indignada*) ¿Quién? ¿Yo? ¡Señor mío! ¿Por quién me toma?

NICOLÁS.—¡Hum!

SABINA.—¡Amparo! ¡Dile a este hombre que se vaya! ¡Por Dios! ¡Que se vaya!

(*Y, en plena desesperación, Sabina, con un susto espantoso, entra en la terraza y desaparece*)

NICOLÁS.—¡Sabina!

(*Da un paso para seguir a Sabina. Pero Amparo se interpone vivamente*)

AMPARO.—¡Alto! ¿Qué va usted a hacer? ¡Descarado!

NICOLÁS.—¡Señora!

AMPARO.—¡Vamos! ¡A la calle!

(Entra Amparo en la terraza. Nicolás, solo, en el centro del salón, está realmente atónito. Entonces, se abre la primera puerta de la derecha y aparece Manuel. Al ver a Nicolás tiene un gozosísimo sobresalto)

MANUEL.—¿Cómo? Pero ¿es posible? ¡Tú aquí! ¡Nicolás!!

NICOLÁS.—*(En un arranque jubiloso)* ¡Manuel!

MANUEL.—¡Un abrazo!

NICOLÁS.—¡Muchos! ¡Muchos abrazos!

(Van el uno hacia el otro, radiantes, y se funden en un estrechísimo abrazo. Se palmean con mucho vigor las espaldas)

MANUEL.—¡Aprieta! ¡Aprieta fuerte!

NICOLÁS.—¡Querido Manuel!

MANUEL.—¡Chico! ¡Chico! ¡Nicolás! ¡Que alegría!

NICOLÁS.—¿Cuántos años sin vernos? ¿Diez? ¿Doce?

MANUEL.—¡Calla! ¡No preguntes! ¡Una eternidad!

NICOLÁS.—Éramos tan jóvenes...

MANUEL.—¿Te acuerdas?

NICOLÁS.—¡Digo!

MANUEL.—Oye. Te encuentro muy bien. ¡Estás hecho un mozo!

NICOLÁS.—¡Anda! Pues, ¿y tú?

MANUEL.—¿Te has casado?

NICOLÁS.—*(Riendo)* ¡No! ¡Qué va!

MANUEL.—*(Muy divertido)* ¡Claro! ¡A ti te gustaban todas!

NICOLÁS.—*(Modestamente)* Hombre, hombre...

MANUEL.—*(Muy picaresco)* ¡Ah! ¡Perillán! ¿Te acuerdas de aquel apartamento que alquilaste en la calle de Ayala?⁸

NICOLÁS.—Todavía lo conservo...

MANUEL.—¿De veras? Tenías un cuadro de Picasso...

NICOLÁS.—Sí, sí...

MANUEL.—*(Muy puntual)* Época azul⁹...

8 *Ayala*: céntrica calle madrileña; debe su nombre al dramaturgo sevillano Adelardo López de Ayala (1828-1879).

9 *Época azul*: etapa inicial de la obra del pintor malagueño Pablo Ruiz Picasso (1881-1973), caracterizada

NICOLÁS.—Eso es...

MANUEL.—Yo sí me casé, ¿sabes? Tengo una mujer encantadora y soy muy feliz...

NICOLÁS.—¡Cómo me alegro...!

(Manuel está lleno de efusión)

MANUEL.—Pero siéntate; ponte cómodo. ¡Vamos! Háblame de ti. ¿Cuánto tiempo has estado por esos mundos?

NICOLÁS.—¡Hum! Diez años. París, Vietnam, Hong-Kong, Israel, Estados Unidos. ¡Qué sé yo! ¡La locura!

MANUEL.—¡Nicolás! ¿Tú sabes que eres el mejor corresponsal que tenemos en el extranjero? Tus artículos se leen, se comentan y se discuten...

NICOLÁS.—¡Oh! Eres muy amable...

MANUEL.—¡Je! Dime, dime. ¿De dónde vienes ahora?

NICOLÁS.—De Nueva York. Llegué ayer por la mañana y traigo un recado para ti...

MANUEL.—*(Muy interesado)* ¡Ah! ¿Sí?

AMPARO.—Verás. En realidad, por eso he venido a verte. Soy portador de una especialísima invitación para que pronuncies una conferencia en Nueva York, en una fundación que acaban de constituir un grupo de amigos míos. Gente estupenda, por cierto. Van a llamar a varios intelectuales españoles de mucho prestigio y, naturalmente, tú no podías faltar. Como les hablé a mis amigos americanos de la vieja amistad que me une a ti, me han pedido que sea yo su embajador. Conque, querido Manuel, ¿estarías dispuesto a trasladarte a Nueva York? Puedo asegurarte que pasarías unos días encantadores. Todos los gastos pagados, claro está, y además un bonito cheque en dólares...

MANUEL.—*(Muy contento)* ¡Hombre! Todo eso resulta muy tentador. ¡Un viaje a Nueva York, nada menos! Hace tanto tiempo que no salgo de casa. Me paso la vida entre mis papeles y mis libros...

NICOLÁS.—Entonces, no se hable más. ¡A Nueva York!

MANUEL.—*(Muy complacido)* Bien. Lo pensaré. Pero, ahora, quiero que conozcas a mi mujer...

(Y se pone en pie, muy resuelto)

NICOLÁS.—¡Manuel! Yo no quiero molestar. Puedo volver otro día...

MANUEL.—¿Quieres callar?

(Va hacia el fondo, presuroso y llama)

¡Sabina! ¡Sabina!

(Vuelve y se dirige a la terraza)

¡Sabina! ¿Estás ahí?

(En la entrada de la terraza, muy despacito, aparece Sabina, seguida de Amparo. Las dos están consternadas)

SABINA.—¿Me llamabas?

MANUEL.—*(Muy satisfecho)* ¡Je! Mira, Sabina. Voy a presentarte a un viejo amigo.
¡Nicolás Valverde!

SABINA.—*(Casi sin voz)* Encantada...

NICOLÁS.—Mucho gusto...

MANUEL.—*(Orgullosísimo)* ¡Je! Esta es Sabina, Nicolás. ¡Mi mujer! ¡Una perla!
Educada a la antigua española, ¿sabes? ¡Como Dios manda! El ideal para mí.
Porque tú ya me conoces. Yo creo, ante todo, en los principios morales...

NICOLÁS.—¡Enhorabuena!

MANUEL.—¡Ah! ¡Amparo Beltrán! ¡Nuestra mejor amiga!

NICOLÁS.—Me alegro mucho de conocerla, señora...

AMPARO.—*(Implacable)* ¡Señorita!

NICOLÁS.—¡Ah! Perdón...

MANUEL.—¡Sabina! ¡Cariño! ¿Tú sabes lo que significa para mí la aparición de
Nicolás Valverde? Es la vuelta al pasado. El recuerdo de los más bellos días
de la juventud. ¿Te acuerdas, Nicolás, te acuerdas?

NICOLÁS.—¡Oh! ¡Que si me acuerdo!

MANUEL.—¿Te acuerdas de nuestro viejo café?

NICOLÁS.—¡Naturalmente!

MANUEL.—¿Te acuerdas de nuestros paseos por el Parque del Oeste recitando en
voz alta versos de Juan Ramón Jiménez?

NICOLÁS.—¡Claro!

MANUEL.—(*Pícaro*) ¿Te acuerdas de aquellas chicas?

NICOLÁS.—Sí, sí...

MANUEL.—(*Felicísimo*) ¡Oye, Sabina! A este no le fallaba ninguna...

NICOLÁS.—Hombre...

MANUEL.—¡Digo! ¡Menudo tunante!

NICOLÁS.—¡Je!

MANUEL.—¡Sabina! ¿No sabes? Nicolás ha venido para ofrecerme una conferencia en Nueva York. ¿Qué te parece? ¿No es una bonita oportunidad?

SABINA.—¡Oh!

MANUEL.—¿Te imaginas? Tú y yo paseando por la Quinta Avenida¹⁰...

(De pronto, se vuelve hacia Nicolás muy decidido)

Bueno. Esto hay que celebrarlo. ¡Nicolás! ¡Hoy te quedas a almorzar con nosotros!

NICOLÁS.—(*Con cierta timidez*) ¿Tú crees? No sé si debo...

MANUEL.—Nada, nada. No admito excusas. Tú te quedas. ¡Digo! Y Amparo también. Y ya veréis, ya veréis qué bien lo vamos a pasar los cuatro...

AMPARO.—Pero, Manuel...

(Manuel va hacia Nicolás, muy dichoso)

MANUEL.—¡Hombre! Pero ¿tú creías que después de tantos años sin vernos iba yo a dejarte escapar? ¡Quia! ¡Hala! ¡Hala! Para empezar vamos a tomar una copa...

(Toma a Nicolás del brazo y se lo lleva hacia el fondo)

Oye. ¿No te acuerdas? ¡Una vez me quitaste una novia!

NICOLÁS.—¡Ah! ¿Sí?

MANUEL.—(*Divertidísimo*) Sí, sí. ¡Adelita! Una chica rubia, muy gordita. Estudiaba Farmacia...

NICOLÁS.—¡Oh!

(Se van los dos, riendo, por el fondo. Amparo y Sabina, solas, se miran aterradas)

¹⁰ *Quinta Avenida*: una de las cinco avenidas que atraviesan la isla de Manhattan de norte a sur.

SABINA.—¡Amparo!

AMPARO.—¡Ay, Sabina! ¡Qué situación! Si parece que estamos en el teatro...

SABINA.—(Sofocando un grito) ¿Qué va a pasar aquí? ¿Qué va a pasar?

(Por la primera puerta de la derecha aparece Lolita, ya dispuesta para salir a la calle, con su gabardina y su bolso. Trae un manojito de cuartillas que deja sobre el escritorio)

LOLITA.—Bueno. Ya he terminado. Me marchó. ¡Sabina! Dígale a don Manuel que repase estas cuartillas por si acaso. ¡Que hoy tengo un mal día y no estoy para nada!

(Marcha hacia el fondo. Pero, a punto de salir, se detiene bajo el dintel de la entrada y se queda mirando a Sabina con una casi irreprimible superioridad)

¡Oiga! Su marido quiere que yo hable con usted para que usted me aconseje. Bueno, por mí, vale. Pero qué sé yo. Me parece a mí que no me va usted a entender. En esta casa son ustedes muy reprimidos...

OSCURO

CUADRO TERCERO

Unas horas después. En la sobremesa.

(No hay nadie en escena. Sobre la mesita, delante del sofá, un bonito servicio de café, con cuatro tazas, espera. Dentro, se oye un murmullo de voces y risas varoniles. Después de transcurridos unos segundos, por el fondo irrumpe, impetuosamente, Sabina, seguida de Amparo)

SABINA.—*(Sofocadísima)* ¡No puedo más! ¡Te digo que no puedo más!

AMPARO.—¡Sabina!

SABINA.—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

AMPARO.—¡Por Dios! ¡Domínate!

SABINA.—¡Voy a empezar a dar gritos!

AMPARO.—¡Calla!

(Va hacia el fondo y, desde el umbral de la entrada, mira al interior. Dentro se oye una gran carcajada)

SABINA.—*(Indignada)* ¿Por qué se ríen tanto? ¿De qué están hablando?

AMPARO.—De política...

SABINA.—*(Con desconsuelo)* ¡Qué frivolidad!

AMPARO.—¡Cuidado! ¡Que vienen!

(Vuelve Amparo, diligente. Y en el fondo aparecen Manuel y Nicolás, muy risueños)

MANUEL.—¡Chico! ¡Chico!

NICOLÁS.—El almuerzo ha sido espléndido...

MANUEL.—*(Muy solícito)* ¿De veras? ¿Has comido bien?

NICOLÁS.—¡Digo! Donde esté la cocina española...

MANUEL.—¡Je! Da las gracias, Sabina...

SABINA.—¡Oh! ¡Por favor!

AMPARO.—*(Muy rápida)* ¡Ay! Yo serviré el café. ¿Quieres?

SABINA.—Sí.

MANUEL.—¡Bravo! ¡Venga ese café!

AMPARO.—¿Cuántos terrones, Nicolás?

NICOLÁS.—¡Dos!

AMPARO.—¡Ajajá!

NICOLÁS.—¡Gracias!

(Amparo se vuelve ahora a Manuel)

AMPARO.—¿Y tú?

MANUEL.—Uno.

AMPARO.—¡Toma!

MANUEL.—¡Je!

AMPARO.—¿Y tú, Sabina?

SABINA.—No quiero café.

AMPARO.—¡Ah! Pues yo sí...

(Se sirve a sí misma y toma un sorbo que saborea con deleitación)

¡Huy! ¡Qué rico! Pero qué rico está este café...

MANUEL.—¡Excelente!

(Manuel y Nicolás se han sentado en el sofá. Ahora, Amparo se acomoda en un sillón, a la derecha, y Sabina en el otro sillón, a la izquierda. Y Manuel salta, muy optimista y muy jovial)

MANUEL.—¡Vaya, hombre, vaya! ¡Este Nicolás! Conque estuviste en el Vietnam¹¹...

NICOLÁS.—Pues sí...

MANUEL.—Un barullo, ¿no?

NICOLÁS.—Hombre...

MANUEL.—Bueno. ¿Y qué proyectos tienes ahora?

NICOLÁS.—¡Oh! Yo siempre tengo el mismo proyecto. Viajar y viajar. Un avión, otro avión. Mi maleta. Mi maquinita de escribir. Esa es mi vida. Esta vez, mi paso por Madrid será muy breve. Lo justo para recoger unos papeles y un poco de equipaje. Dentro de unos días he de estar en Estocolmo.

MANUEL.—¡Hola! ¡Estocolmo!

AMPARO.—¿Estocolmo? ¡Qué bonito! Yo estuve una vez en un crucero...

(Se hace un ligero silencio. Nicolás, ahora, piensa algo y se vuelve hacia Sabina)

¹¹ Vietnam: la Guerra de Vietnam se desarrolló entre 1964 y 1975 y enfrentó a la parte norte, comunista, con la sur, apoyada por Estados Unidos

NICOLÁS.—Aunque, después de todo, ¿quién sabe? Bien pudiera ocurrir que no fuera a Estocolmo y me quedara en Madrid y mi vida tomara un rumbo nuevo...

MANUEL.—(*Muy interesado*) ¡Ah! ¿Sí? ¿Y eso a qué se debe?

NICOLÁS.—(*Sonríe*) ¿No lo adivinas?

MANUEL.—(*Perspicaz*) ¡Calla! ¿Una mujer?

NICOLÁS.—¡Sí! ¡Una mujer!

MANUEL.—¡Hola!

(*Sabina, alarmadísima, se levanta como movida por un resorte*)

SABINA.—¡Ay! ¿Otro café? ¿Quién quiere otro café?

MANUEL.—(*Disgustado*) ¡Sabina! Estate quieta. Ya hemos tomado café...

SABINA.—¡Oh!

MANUEL.—Hala, hala. Deja eso...

(*Y se vuelve hacia Nicolás, intrigadísimo*)

Oye. Conque una mujer...

NICOLÁS.—¡Sí!

(*Amparo se lanza decidida a salvar la situación*)

AMPARO.—¡Sabina! ¿No sabes? Ayer me encontré con Marisa Roquer. Está como loca. Su marido le ha comprado otra finca, otro coche y un visón...

MANUEL.—(*Muy enfadado*) ¡Amparo! ¡Por favor! ¡Que no estamos ahora para frivolidades...!

(*Otra vez a Nicolás*)

A ver, a ver. Háblame de esa dama. ¡Cuéntame!

NICOLÁS.—(*Prudente*) ¿De veras quieres que te cuente?

MANUEL.—(*Naturalísimo*) ¡Hombre! ¿A quién mejor?

SABINA.—(*Sofocadísima*) ¡No! ¡Por favor! ¡No le cuente nada!

MANUEL.—Pero, Sabina...

SABINA.—¡Manuel! No seas indiscreto. ¿A ti qué te importa la vida privada de Nicolás?

MANUEL.—(*Muy divertido*) ¿Cómo que no? Con lo curioso que yo soy...

SABINA.—¡Oh!

MANUEL.—¡Je! ¿Sabes lo que pasa? ¡Que a mi mujer estas historias picantes no le van!

SABINA.—¡Manuel!

MANUEL.—*(Muy regocijado)* Mira, mira. ¡Ya se está poniendo colorada!

SABINA.—*(Sofocadísima)* ¡Manuel! ¡Por favor!

(Manuel, muy feliz, se encara otra vez con Nicolás)

MANUEL.—¡Anda! Dime, dime...

NICOLÁS.—Verás. La conocí anoche...

MANUEL.—*(Muy asombrado)* ¿Anoche?

(Amparo, de nuevo, impetuosísima)

AMPARO.—¡Sabina! ¡Anoche estuve en el cine!

(Sabina la secunda con entusiasmo decidida a entablar un largo diálogo. Las dos hablan muy aprisa)

SABINA.—¡Ah! ¿Sí? ¿Y era buena la película?

AMPARO.—¡Fantástica! Muy intelectual y muy humana.

SABINA.—¿De amor o de violencia?

AMPARO.—De maricas...

SABINA.—*(Con entusiasmo)* ¡Qué bonito!

AMPARO.—¿Quieres que te cuente?

SABINA.—¡Ay, sí! Cuenta, cuenta...

(Manuel, que ha estado mirando a la una y a la otra, brinca ahora, indignadísimo)

MANUEL.—¡¡Alto!!

SABINA.—¡Oh!

AMPARO.—¡Jesús!

MANUEL.—¡Amparo! ¡Caramba! ¡Pero qué superficiales sois las mujeres! Déjate de películas. ¿No ves que estamos hablando de cosas serias?

(Se vuelve hacia Nicolás. Está cada vez más interesado)

Oye. Conque anoche...

NICOLÁS.—Sí.

MANUEL.—Pero ¿es posible? ¿De manera que llegas de Nueva York por la mañana y por la noche haces una conquista? *(Casi indignado)* Bueno. Es el colmo. ¡Muchacho! Pero ¿cómo te las arreglas? ¿Qué las das?

(Nicolás mira a Sabina ensimismado)

NICOLÁS.—¡Oh! Fue todo tan sorprendente, tan inesperado, tan irreal...

MANUEL.—¡Ah! ¿Sí?

NICOLÁS.—Algo casi mágico...

MANUEL.—Dime, dime. ¿Cómo es ella?

NICOLÁS.—*(Sonríe)* ¡Adorable!

MANUEL.—¡Hola! ¿Y dónde os encontrasteis?

(Un silencio)

NICOLÁS.—En una fiesta...

MANUEL.—*(Curiosísimo)* ¡Ajajá! ¿Y después?

(Otro silencio. Nicolás no contesta y baja la cabeza. Pero, Manuel comprende y suspira nostálgico)

¡Qué noche!

(Sabina se levanta y marcha hasta la entrada de la terraza)

Bueno. Corramos un velo. Porque si ahora nos cuentas con detalles lo que pasó, mi mujer se va a enfadar...

SABINA.—¡Manuel! ¡Manuel!

MANUEL.—*(Divertido)* ¡Toma! ¡Si la conoceré yo...!

(Se ríe. Nicolás habla ahora muy despacio, con una suave y escondida emoción)

NICOLÁS.—Todavía no sé si esta noche he vivido una aventura o un sueño. Nunca he conocido una mujer como ella. Tan dulce, tan alegre, tan femenina. Parecía decidida a escaparse de todo cuanto la rodeaba. Tenía un infinito anhelo de libertad. Era como una pura ofrenda...

(Sabina se vuelve y le mira con angustia)

SABINA.—¿Usted cree?

NICOLÁS.—*(Como antes)* Era una de esas mujeres que se creen felices y no lo son; que se creen que lo tienen todo y, en realidad, no tienen nada. Entonces, cuando la vida les ofrece su pequeño milagro –porque la vida de todos los días está llena de pequeños milagros– caen en la cuenta de que aún no está todo perdido, de que todavía merece la pena vivir...

(Se calla. Sabina habla casi para sí misma)

SABINA.—Pero quizá usted se confunde. Quizá lo único que pasó es que esa mujer, esa pobre mujer, de pronto, se volvió un poco loca...

NICOLÁS.—*(Sonríe)* ¿Usted cree?

(Manuel se revuelve un poquito impaciente)

MANUEL.—Pero, Sabina, ¿tú que sabes?

SABINA.—*(Furiosa)* ¡Manuel! ¿Te quieres callar?

MANUEL.—*(Alegremente)* ¡Calla tú! ¡Inocente!

SABINA.—¡Oh!

MANUEL.—¡Nicolás! Tengo la impresión de que esa mujer te ha interesado...

NICOLÁS.—Mucho, Manuel. Tú no sabes. Te juro que lo daría todo por volver a tenerla entre mis brazos.

MANUEL.—*(Muy impetuoso)* Pero, hombre, entonces, no se hable más. ¡Si esa mujer es tu felicidad, no renuncies a ella! ¡Adelante! ¡Chico! ¡Adelante!

AMPARO.—*(Indignada)* ¡Manuel! ¡Eso no es moral!

MANUEL.—¡Tú te callas! ¡Ea!

AMPARO.—¡Manuel!

MANUEL.—¡Que te calles!

NICOLÁS.—*(Pensativo)* Bueno, realmente, todavía no te lo he dicho todo...

MANUEL.—¡Ah! ¿No?

NICOLÁS.—Ella está casada...

(Un silencio)

MANUEL.—¡Hola! Conque está casada. Entonces, hay un marido...

NICOLÁS.—¡Claro!

(Manuel piensa un segundo y luego se echa a reír divertidísimo)

MANUEL.—¡Hombre! Pues mira, eso tiene gracia...

(Sigue riendo. Sabina se sobresalta y Amparo rebulle en su sillón)

AMPARO.—¡Jesús! ¡Qué loco!

SABINA.—*(Desesperada)* ¡Manuel! ¡No te rías!

MANUEL.—*(Riendo)* ¡Oh!

SABINA.—¡Te digo que no te rías!

MANUEL.—¡Demonio! Pero ¿por qué?

SABINA.—*(Casi llorando)* ¡Por Dios! Piensa en ese pobre hombre...

MANUEL.—¿Quién? ¿El marido?

SABINA.—¡Sí! El marido, el marido...

MANUEL.—¡Anda! ¿Y a mí qué me importa ese señor?

SABINA.—¡Oh!

MANUEL.—*(Muy resuelto)* Nada, nada, ¡Nicolás! Tú a lo tuyo. La vida es un juego. ¡Qué demonio! En esta ocasión, tú ganas y el marido pierde. Pues, paciencia, señor mío, paciencia...

AMPARO.—*(Severísima)* Pero, Manuel ¿cómo puedes hablar así? ¡Tú eres de derechas!

MANUEL.—*(Sensatamente)* De acuerdo. Pero soy de la derecha civilizada. Eso quiere decir que a veces soy de derechas y a veces, no...

AMPARO.—¡Huy! ¡Qué frescura!

MANUEL.—En esta ocasión, lo que importa, por encima de mis ideas es que mi amigo Nicolás sea feliz...

(De pronto, se encara con las dos mujeres cargadísimo de razón)

¡Caramba! Pero ¿es que no os dais cuenta? Nicolás necesita una mujer. ¿Qué vida es la suya? De avión en avión, de hotel en hotel. Pero siempre solo, espantosamente solo. ¡Ah, no! ¡Así no puede vivir un hombre! No es humano. ¡Ea!, no se hable más, muchacho. ¡Adelante! ¡No desmayes! ¡Busca a esa mujer! ¡Dile que la quieres! ¡Y dentro de unos días te la llevas a Estocolmo!

NICOLÁS.—¿Tú crees?

AMPARO.—¡Jesús!

SABINA.—*(Muy trastornada)* ¡¡No!! ¡A Estocolmo, no!

MANUEL.—*(Muy enérgico)* ¡Sí, señor! ¡A Estocolmo! ¡A Estocolmo!

SABINA.—¡Que no! ¡Que no!

MANUEL.—¡Que sí!

SABINA.—(*Gritando*) ¡Manuel!

MANUEL.—(*Enfadadísimo*) ¡Sabina! Pero ¡caramba! ¿Me quieres decir por qué te interesa tanto ese marido? ¡Si ni siquiera le conoces...!

(Sabina, en un arranque, se encara con Manuel irridadísima)

SABINA.—¡Manuel! ¡Estúpido!!

MANUEL.—(*Atónito*) ¿Cómo?

SABINA.—¡Oh!

(Se vuelve y escapa. Entra en la terraza. Manuel se ha quedado de una pieza)

MANUEL.—Pero ¿habéis visto? ¡Sabina! ¡Criatura!

(Entra en la terraza siguiendo los pasos de Sabina. Quedan solos Amparo y Nicolás. Hay un silencio. Se miran. Él sonrío)

NICOLÁS.—¡Je!

(Amparo se levanta conteniendo difícilmente su indignación)

AMPARO.—¿Qué? ¿Está usted contento?

NICOLÁS.—¡Oh!

AMPARO.—¡Cínico! ¡Descarado!

NICOLÁS.—(*Sonríe*) ¿Quién? ¿Yo?

AMPARO.—¡Presumido! ¡Fanfarrón! ¡Provocador! Puede usted sentirse orgulloso de esta escena. ¡Oiga! Pero ¿qué es lo que intenta? ¿A dónde va usted a parar? ¿Es que se cree usted con derecho a jugar con todo el mundo?

NICOLÁS.—(*Con suavidad*) ¿Usted cree? A mí me gustaría saber quién está jugando con quién. Porque la verdad es que no estoy muy seguro...

AMPARO.—¿Qué quiere usted decir?

NICOLÁS.—(*Amablemente*) ¡Amparo! Por curiosidad: ¿es usted la amante de Manuel?

(Amparo enrojece súbitamente)

AMPARO.—¿Yo? ¡Oiga! Pero ¿cómo se atreve?

NICOLÁS.—¡Je! *(Entra Manuel)*

MANUEL.—*(Muy jovial)* ¡Chico! ¿Qué quieres? Mi mujer, la pobre, es tan puritana...

NICOLÁS.—¡Manuel! Lamento haber provocado este enfado entre vosotros...

MANUEL.—¡Bah! No te preocupes. ¡Una nube de verano!

NICOLÁS.—Bien. Ya os dejo. ¡Gracias por el almuerzo!

MANUEL.—¿Te vas? Pero, hombre...

NICOLÁS.—Tengo muchas cosas que hacer y poco tiempo. Despideme de Sabina.

Buenas tardes, Amparo.

AMPARO.—¡Buenas tardes!

(Nicolás y Manuel marchan hacia el fondo)

NICOLÁS.—Por cierto, he leído en los periódicos que esta tarde das una conferencia en el Ateneo. Si puedo, no faltaré...

MANUEL.—¿De veras? Te lo agradecería mucho...

(Salen los dos. Amparo está sola. Pero a los pocos segundos reaparece Manuel, que se encara con ella hecho un basilisco)

MANUEL.—¡¡Amparo!!

AMPARO.—*(Asustada)* ¡Ay! ¿Qué?

MANUEL.—¿Qué pasa aquí? ¿Qué juego es este?

AMPARO.—¿Cómo?

MANUEL.—*(Picadísimo)* Dime la verdad. ¿Es que te gusta Nicolás?

AMPARO.—¿A mí? ¿Qué dices?

MANUEL.—¡Amparo! Mira que lo que a mí se me escape...

AMPARO.—*(Indignada)* Oye, tú. ¡Que me ofendes!

MANUEL.—*(Violentísimo)* ¡Calla! ¡No me repliques! Durante todo el almuerzo has estado mirándole y mirándole como una tonta. Parecías fascinada. ¡Estabas en la luna!

AMPARO.—¡Ay, madre mía!

MANUEL.—¡Amparo! ¡Que te conozco muy bien! ¡Que tú eres muy frívola y muy coqueta!

AMPARO.—*(Muy flamenca)* ¡Manuel! ¡Que te doy una bofetada!

MANUEL.—¡Hum! Pero ¿sabes lo que te digo? ¡Que conmigo no se juega! ¡Que aquí no estamos en Francia! ¡Que yo soy muy celoso! ¡Y muy español! ¡A la antigua! ¡Como Dios manda! ¡Ea! Para que te enteres...

(Y, con muchísimo coraje, se va por la segunda puerta de la derecha. Amparo, a solas, se subleva)

AMPARO.—¡Maldita sea! Pero en qué situaciones se ve una por ser tan decente...

(Por la terraza, asoma Sabina)

SABINA.—¿Se ha ido?

AMPARO.—¡Sí! Se ha ido...

SABINA.—¿Tú crees que volverá?

AMPARO.—¡No lo sé! ¿Cómo voy a saberlo?

(Sabina ha llegado hasta el fondo. Mira a un lado y a otro de la entrada. Vuelve y se planta en el centro del salón. Tiene el rostro encendido de rubor)

SABINA.—¡Qué hombre! ¿Verdad?

AMPARO.—¡Oh!

(Un levísimo silencio)

SABINA.—¡Amparo! ¿Qué te parece?

AMPARO.—¿Cómo?

SABINA.—¿Tú crees? ¿Tú crees que, realmente, Nicolás está loco por mí? ¿Tú crees que de verdad he sido para él algo más que una aventura?

AMPARO.—¡Sabina! ¿Por qué me preguntas eso?

SABINA.—*(Con ternura)* ¿No le has oído? ¡Habla con tanta pasión! ¡Dice unas cosas tan hermosas! ¡Figúrate! Dice que todo fue como un pequeño milagro. Algo como un sueño. Algo maravilloso. Algo irreal, casi mágico...

(Sabina está conmovidísima. Y, en este instante, surge Manuel)

MANUEL.—Bum, bum, bum. ¡Je! ¿Sabéis lo que os digo? ¡Que siento una tremenda curiosidad por saber quién es esa mujer que ha conquistado a Nicolás. Desde luego, ya sé yo que esta curiosidad es algo morboso. Pero ¿qué queréis? Daría cualquier cosa por conocer a esa dama...

SABINA.—*(Muy maternal)* Pero, cariño, ¿a ti qué más te da?

MANUEL.—¡Je! Ya digo: ¡Curiosidad! Realmente, Nicolás ha estado muy discreto. Ha dicho sencillamente, que la conoció anoche, en una fiesta. Eso es decir

muy poco. Anoche, como todas las noches, en Madrid hubo muchas fiestas. ¡Oh! Esta ciudad es una verbena. ¡Je! Pero lo curioso es que esta vez Nicolás se ha enamorado de verdad...

SABINA.—*(Muy bajo)* ¿Tú crees?

MANUEL.—¡Digo! ¡Si le conoceré yo!

(Va al escritorio y recoge unos papeles)

¡Sabina! Te recuerdo que esta tarde doy una conferencia en el Ateneo. ¿Me acompañas?

SABINA.—No, cariño. Me quedo en casa. Estoy muy cansada y me duele un poco la cabeza. Pero ¿por qué no te llevas a Amparo?

MANUEL.—*(Ilusionadísimo)* ¿A Amparo? ¿De veras?

SABINA.—¡Naturalmente! ¿Por qué no? Y después, la invitas a cenar. Y después, os vais por ahí a tomar una copa...

MANUEL.—*(Muy alegre)* Pero, claro, yo encantado. ¿Tú estás dispuesta, Amparo?

AMPARO.—*(Tímidamente)* Si Sabina se empeña...

SABINA.—¡Ah, sí, sí! Me empeño, me empeño...

MANUEL.—¡Hala! Pues no se hable más. ¡En marcha!

(Besa a su mujer en una mejilla)

¡Cuídate!

SABINA.—Sí, mi vida...

(Manuel, encantado de la vida, se va por el fondo. Otra vez quedan solas Sabina y Amparo. Un corto silencio)

AMPARO.—¡Sabina!

SABINA.—¿Qué?

AMPARO.—No, nada...

(Escapa por el fondo. Sabina, sola, muy despacio, da unos pasos hasta la cristalera de la terraza. Se queda allí, mirando hacia fuera. Está como ensimismada. Todo está en silencio. Y de pronto, brota en el aire, muy lejana, la música que oímos en el prólogo. Sabina vuelve el rostro y alza la frente, como escuchando. Y, en el aire, surgen las voces de Sabina y Nicolás)

VOZ DE NICOLÁS.—¡Buenas noches, Sabina!

VOZ DE SABINA.—¡Buenas noches, Nicolás!

(Un silencio. Sabina, en escena, sonrío)

VOZ DE NICOLÁS.—¿Una copa?

VOZ DE SABINA.—¿Otra? Le advierto que esta noche ya he tomado muchas copas y estoy un poquito, un poquito...

(Otro silencio)

VOZ DE NICOLÁS.—¡Guapa!

VOZ DE SABINA.—¿Quién? ¿Yo? ¡Oiga! Pero ¿es que me va usted a hacer el amor?

VOZ DE NICOLÁS.—¡Señora! ¡Por favor! ¿Quién piensa en eso?

(Cesan las voces. Sabina baja la cabeza y sonrío. Muy despacio, vuelve y se sienta en el sofá. Enciende un cigarrillo)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

CUADRO CUARTO

De noche. Las pantallas están encendidas.

(La escena, en soledad. El reloj, dentro, da tres campanadas. Un poco después, se oye el golpe de una puerta que se cierra airadamente y, enseguida, aparece Manuel en el fondo. Lleva el sombrero ladeado y la gabardina sobre los hombros. Ofrece un aspecto realmente lamentable)

MANUEL.—*(Gruñendo)* Bum, bum, bum...

(De malísimo talante, arroja en cualquier parte su sombrero y su gabardina. Por la puerta de la alcoba, entra Sabina. Viene ciñéndose una bata)

SABINA.—Hola, cariño.

MANUEL.—Hola.

SABINA.—¿Has tenido mucho éxito con tu conferencia?

(Manuel asiente, malhumoradísimo y resignado)

MANUEL.—Mucho. ¡No lo puedo negar!

SABINA.—¿Sí? ¡Qué bien!

MANUEL.—¡Hum!

SABINA.—*(Muy locuaz)* ¿Y Amparo? ¿Cómo se ha portado? ¿Ha estado simpática contigo? Estoy segura de que sí. Amparo es un encanto, ¿verdad? A veces, me pregunto qué sería de mí sin ella. ¿Dónde habéis cenado? ¡No! ¡Calla! ¡No me lo digas! Déjame que lo adivine. Primero fuisteis a tomar una copa a ese bar pequeñito que está siempre a oscuras y que a ti te gusta tanto. Os sentasteis en un rinconcito. ¿No es eso? Tú adoras los rincones, mi vida. Amparo se tomó un par de «martinis» y tú un zumo de tomate. ¿Verdad? Luego, la llevaste a cenar a ese restaurante italiano que a ti te encanta porque sirven muy bien la «minestrone»¹²...

¹² *Minestrone*: plato italiano, una sopa de vegetales a la que frecuentemente se añade algo de pasta o arroz.

MANUEL.—(*Cargadísimo*) ¡Sabina! ¡Que te equivocas! ¡Que esta noche no ha pasado nada de eso! ¡Santo Dios! ¡Que imaginación!

SABINA.—(*Un tanto defraudada*) ¡Ah! ¿No?

MANUEL.—¡No!

SABINA.—Entonces, ¿habéis estado en el cine?

MANUEL.—¡Tampoco!

SABINA.—¡Jesús! Pues no caigo...

(*Manuel, de pronto, salta hecho una furia*)

MANUEL.—¡Ea! ¡Para que te enteres de una vez! ¡Esta noche lo único que ha sucedido es que Amparo me ha dejado plantado!

SABINA.—(*Ofendidísima*) ¿Cómo? ¿Que te ha dejado plantado?

MANUEL.—¡Sí!

SABINA.—¿A ti?

MANUEL.—¡A mí! ¡A mí!

SABINA.—Pero ¿cómo es posible?

MANUEL.—(*Rabiosísimo*) ¡Maldita sea! ¡Me ha dejado plantado y se ha ido! Pero ¿a que no adivinas con quién se ha ido?

SABINA.—¿Con quién?

MANUEL.—(*Casi un rugido*) ¡¡Con Nicolás...!!

SABINA.—(*Un grito*) ¡¡No!! ¡Eso, no...!

MANUEL.—¡Sí! Con Nicolás, con Nicolás...

SABINA.—(*Muy arrebatada*) ¡Pero qué poca vergüenza...!

MANUEL.—¡Oh!

SABINA.—¡Vamos! ¡Habla! ¡Quiero saberlo todo! ¿Cómo ha sido?

MANUEL.—¡Sabina! Figúrate que estaba yo en el estrado del Ateneo leyendo mi conferencia; iba por el pasaje del Duque de Rivas,¹³ que es el que me salió más redondo, cuando de pronto, alzo la frente, miro hacia el público, ¿y qué veo? Pues veo que Amparo y Nicolás están sentados en primera fila, muy juntos, muy juntos, mirándose y mirándose y sin hacer maldito caso de mi discurso...

SABINA.—(*Indignada*) ¡Qué descaró! En un acto cultural...

MANUEL.—(*Rabiosísimo*) Aquello no me gustó nada, ¿sabes? Porque conozco a Amparo. ¡Digo! ¡Que si la conozco! ¡La muy...!

SABINA.—(*Muy impaciente*) ¡Sigue!

13 Duque de Rivas: Ángel de Saavedra, escritor romántico (1791-1865)

MANUEL.—¡Hum! Cuando terminé mi disertación y bajé de la tribuna me vi rodeado de gente. Yo echaba chispas, ya puedes figurarte. Entonces, me llaman unos periodistas. Tengo que pronunciar unas palabras para la Televisión. Vienen los fotógrafos. Me asedian, me felicitan, me... Un jaleo. En estas, vuelvo la cabeza y compruebo que Amparo y Nicolás han desaparecido. Bueno, para qué voy a seguir. ¡Me dio un berrinche! Los busqué por aquí y por allá. Salí a la calle. Los llamé a gritos. Pero nada, inútil, todo inútil. ¡Habían volado!

SABINA.—¡Jesús!

(Manuel está sofocadísimo. Saca un pañuelo y se limpia el sudor)

MANUEL.—He pasado una noche fatal. Ya puedes imaginarte. Cené solo en una taberna. La cena me cayó muy mal y me puse malísimo. ¡Uf! ¡Unas angustias! Después, estuve por ahí, dando vueltas y vueltas por esas calles. Entré en un bar y me tomé una copa. Y otra vez a dar vueltas. Y otra copa. Y vengan paseos y vengan copas. Total, que aquí me tienes, molido de tanto andar y hecho cisco con tanta copa...

SABINA.—*(Conmovida)* ¡Mi pobre Manuel!

MANUEL.—*(Enfurecido)* ¡Maldita sea! Pero ¿es que se puede hacer esto con un hombre? ¿En qué mundo vivimos? ¿A dónde va este país? ¿Es que ya no se respeta nada?

(Sabina, muy excitada, empieza a pasear de un lado a otro del salón)

SABINA.—¡Qué infamia! Pero qué infamia...

MANUEL.—*(Rencorosísimo)* Naturalmente, lo que ha pasado luego es muy fácil de imaginar. ¡Digo! Está visto. Primero se fueron los dos por ahí a tomar copas. ¡Hala!, copas y copas. ¡Vengan copas! ¡La juerga! ¡El desenfreno! Porque Nicolás -no sé si te lo he dicho- siempre ha sido de izquierdas...

SABINA.—¡Oh!

MANUEL.—¡Hum! Después, a cenar. Después, ¿quién sabe? A bailar un ratito. Porque a Amparo le chifla eso del baile. Y a estas horas... *(De pronto)* ¿Qué hora es?

SABINA.—¡Las tres!

MANUEL.—*(Picadísimo)* Justo. A estas horas ya están los dos en el apartamento de Nicolás...

(Sabina, sin poderlo remediar, tiene un vivísimo estremecimiento)

SABINA.—¡¡No!! ¡En el apartamento, no!

MANUEL.—¡Ah, sí, sí! ¡En el apartamento! ¡En el apartamento! Estoy yo muy seguro...

SABINA.—*(Horrorizada)* ¿Tú crees?

MANUEL.—*(Furioso)* ¡Claro! Porque, como si lo viera, Nicolás se habrá empeñado en enseñarle a Amparo el cuadro de Picasso. Tiene ese truco. ¿No lo sabías?

SABINA.—¡¡No!! Eso, no. ¡No es posible! ¡No te creo!

MANUEL.—¡Sabina! ¡Infeliz! ¿Qué sabes tú de estas cosas?

SABINA.—¡Manuel!

MANUEL.—Tú eres una ingenua. ¡Tú no conoces a Nicolás!

SABINA.—Pero ¿tú crees que ese hombre ha sido capaz?

MANUEL.—¡Huy! ¡Que si lo creo!

SABINA.—*(Desoladísima)* Pero si veinticuatro horas antes se había enamorado de otra mujer y estaba loco por ella... ¡Y dispuesto a todo!

MANUEL.—¡¡Pamplinas!!

SABINA.—Y decía que había sido una hermosa aventura, algo irreal, casi mágico...

MANUEL.—¡Literatura!

SABINA.—*(Con toda su alma)* ¡Pero qué sinvergüenza...!

MANUEL.—¡Hum! Te diré...

(Cada cual en su mundo, cada cual por su lado, los dos están indignadísimos. Hablan a voces y muy aprisa)

SABINA.—¡Qué embustero!

MANUEL.—¡Digo! Pues ¿y ella?

SABINA.—¡Ese hombre no tiene escrúpulos!

MANUEL.—¡Amparo es una fresca!

SABINA.—¡Qué canalla!

MANUEL.—¡Pécora! ¡Mala mujer!

SABINA.—¡Degenerado!

(Manuel, muy enardecido, como un trueno)

MANUEL.—¡¡Zorra!!

OSCURO

CUADRO QUINTO

A la mañana siguiente.

(Manuel está sentado ante su escritorio. Enseguida por la puerta de la alcoba entra Sabina, que cruza hacia el fondo)

SABINA.—¿Estás trabajando, cariño?

MANUEL.—*(Un gruñido)* ¡Hum!

SABINA.—¿Sobre qué vas a escribir hoy?

MANUEL.—Sobre los Reyes Católicos...

SABINA.—¡Ay! ¿Y tú crees que eso resultará ameno?

MANUEL.—*(Concienzudo)* Mucho. ¡Muy ameno!

SABINA.—¡Vaya! Nunca se sabe...

(Sabina desaparece por el fondo. Manuel continúa embebido en su tarea. Pero a los pocos surge Sabina otra vez. Viene muy sofocada)

SABINA.—¡Manuel!

MANUEL.—¿Qué ocurre?

SABINA.—Están ahí...

MANUEL.—*(En pie)* ¿Cómo?

(Se vuelven los dos, atónitos, hacia el fondo. Dentro, se oye la risa de Amparo. Y ahora, bajo la entrada aparecen Amparo y Nicolás, muy juntos, muy sonrientes. Hay un sutilísimo silencio. Sabina y Manuel miran a los recién llegados con los ojos abiertos de par de par)

AMPARO.—*(Con cierto rubor)* ¡Sabina! ¡Manuel! Hemos querido que vosotros seáis los primeros en saberlo. *(Se calla. Luego, radiante)* ¡Me voy con Nicolás a Estocolmo!

(Otro fugaz silencio. Manuel y Sabina están impresionadísimos)

LOS DOS.—¿Cómo?

SABINA.—¿Que te vas?

MANUEL.—¿A Estocolmo?

AMPARO.—(*Felicísima*) Sí, sí...

MANUEL.—(*Aterrado*) ¿Con Nicolás...?

AMPARO.—¡Ea! ¿Qué te parece?

MANUEL.—(*Excitadísimo*) ¡Ca! Eso no puede ser...

AMPARO.—¿Cómo que no?

MANUEL.—(*Furioso*) Pero, grandísima insensata, en Estocolmo hace mucho frío...

AMPARO.—(*Encantada*) ¡No importa!

MANUEL.—Mira que allí son todos socialistas y tú eres muy de derechas...

AMPARO.—(*Firmísima*) ¡No importa! Evolucionaré...

MANUEL.—(*Indignado*) ¡Amparo! ¡No seas irresponsable!

AMPARO.—¡Ay, hijo! ¡Todo el mundo evoluciona!

(*Manuel se lleva las manos a la cabeza*)

MANUEL.—¡Huy! ¡Huy! ¡Huy! ¡Sabina! Pero ¿tú has oído? ¡Dicen que se van a Estocolmo!

(*Sabina se vuelve vivamente hacia Nicolás*)

SABINA.—¿Eso es cierto, Nicolás? ¿De veras?

NICOLÁS.—(*Sonríe*) Sí, Sabina. Amparo y yo hemos caído en la cuenta de que estamos muy solos. Y hemos decidido unir nuestras soledades. ¿Comprendes?

SABINA.—¡Ah! Entonces, ¡enhorabuena!

NICOLÁS.—Gracias.

(*Amparo va hacia Sabina, muy emocionada*)

AMPARO.—¡Sabina! ¡Cielo! ¿Me das un beso?

SABINA.—¡Naturalmente! ¡Muchos besos!

AMPARO.—¡Oh! Te quiero tanto...

(*Se besan*)

¿Estás contenta?

SABINA.—¡Muy contenta! ¡Figúrate!

AMPARO.—Adelantamos el viaje, ¿sabes? Nos vamos mañana. Ya hemos pedido los billetes del avión. Estaremos unos meses en Suecia. Después, una

temporadita en Roma. Y luego nos iremos a Pekín. ¡Oye! ¡Lo que me voy a divertir yo con los chinos! Dicen que son muy salados...

MANUEL.—(*Escandalizado*) ¡Qué barbaridad! ¡Estocolmo! ¡Roma! ¡La China! ¡Pero si vivimos en un país maravilloso! ¡Si como España, nada...!

AMPARO.—¡Jesús! ¡Qué patriota eres!

MANUEL.—(*Dignísimo*) Bueno. Pues, ¿queréis que os diga mi opinión personal? A mí esto no me parece decente...

NICOLÁS.—Hombre...

MANUEL.—Nada, nada. Hablemos claro. ¡Esto es un lío! Ni más ni menos...

AMPARO.—¡Por favor! ¡No digas palabrotas!

MANUEL.—(*Dignísimo*) ¿Qué va a decir la gente? ¡Vamos a ver! Porque, señores, este país, aunque algunos lo olviden, tiene profundo sentido moral...

NICOLÁS.—¡Manuel! ¡No seas inmovilista!

MANUEL.—(*Muy severo*) ¡Amigo mío! Donde esté el legítimo matrimonio...

AMPARO.—(*Divertidísima*) Calla, tonto. Pero si es que aún no os lo hemos dicho todo...

MANUEL.—¡Ah! ¿No?

AMPARO.—¡Claro! Cuando pase una temporadita, si la experiencia resulta, Nicolás y yo nos vamos a casar...

(Manuel se queda inmóvil y atónito)

MANUEL.—¿Qué has dicho? ¿Que os vais a casar?

AMPARO.—(*Entusiasta y tiernísima*) ¿Verdad que sí, mi vida?

NICOLÁS.—(*Sonriente*) ¿Por qué no?

AMPARO.—¿Qué te parece, Sabina? ¿Te gusta la idea?

SABINA.—Me encanta...

AMPARO.—¡Oye! A mí me hace mucha ilusión. ¡Como no me he casado nunca...!

(Amparo se vuelve hacia Manuel, muy afectuosa)

¿Qué? ¿Estás ya más tranquilo?

MANUEL.—(*Siniestro*) ¡Oh, sí! Muy tranquilo. (*Se calla. Luego mira a Amparo de un modo terrible*) Conque has decidido emprender una vida nueva. ¿No es eso?

AMPARO.—¡Ay, sí! Me estaba haciendo mucha falta...

MANUEL.—¡Pues felicidades, señorita! ¡¡Muchas felicidades!!

AMPARO.—Gracias, cielo.

(Manuel se encara ahora con Nicolás y le mira de un modo feroz)

MANUEL.—¿A ti qué voy a decirte, muchacho?

NICOLÁS.—*(Suavemente)* ¡Por favor! No me digas nada. ¡Me lo figuro todo!

MANUEL.—*(Sibilino)* ¿Tú crees? No sé, no sé...

NICOLÁS.—¡Je!

MANUEL.—¡Je! Es curioso. Hacía diez años que no nos veíamos. Y de pronto, ayer apareciste por esa puerta para invitarme a dar una conferencia en Nueva York...

NICOLÁS.—¡Manuel! La vida es un puro azar...

MANUEL.—¡Ah! ¿Sí?

(De pronto, en una transición, con muchísimo coraje)

Bueno. ¡Se acabó! Disculpadme. No estoy para visitas ni frivolidades. ¡Tengo mucho trabajo! ¡Ea! ¡Buen viaje!

(Se va, muy embalado, hacia la primera puerta de la derecha. Pero allí se detiene en seco y habla muy excitado)

Pero, calla, ahora que caigo. ¡Sabina!

SABINA.—¿Qué?

MANUEL.—¿Y la otra?

(Un terrible silencio. Manuel prosigue implacable)

¿Qué va a ser de la otra? La maravillosa mujer que este caballero conoció anteanoche en una fiesta. Esa criatura adorable que le volvió loco. Esa mujer con la que vivió una hermosa aventura. Esa mujer a la que estaba dispuesto a consagrar toda su vida. ¿Tú te acuerdas, Sabina? ¿Tú te acuerdas?

(Se vuelve hacia Nicolás con un hondísimo reproche)

Esa pobre mujer. ¡La víctima! Pero, hombre, ¿es que ya la has olvidado? Pues, ya ves. ¡A mí eso no me parece serio!

(Se va, muy airado, por la primera puerta de la derecha. Quedan en escena Sabina, Nicolás y Amparo. Ellas miran a Nicolás, luego se miran entre sí. Un silencio largo y difícil)

SABINA.—¡Nicolás! ¡Por favor! A Amparo y a mí nos gustaría charlar un ratito a solas. ¿No le importa?

NICOLÁS.—(*Sonríe*) ¡Oh, no! Encantado...

(Nicolás entra en la alcoba y desaparece. Al instante, Sabina se encara con Amparo y estalla con muchísima violencia)

SABINA.—¡Amparo! ¡Tú eres una fresca! ¡Una descarada! Una, una, una...

AMPARO.—¡Ay! ¡No me lo digas!

SABINA.—¿No te da vergüenza? ¿Has perdido el decoro? Pero ¿cómo ha sido posible? De manera que apenas conoces a un hombre caes en sus brazos deslumbrada y loca de amor? ¡Amparo! ¡Por favor! ¿Tú crees que eso es moral?

AMPARO.—¡Sabina! Ponte en mi caso...

SABINA.—¡¡Cállate!!

(Otro silencio. Sabina habla, ahora, con otro tono y una incontenible curiosidad)

SABINA.—¿Cómo ha sido eso? ¡Vamos! Dímelo ya...

AMPARO.—(*Emocionadísima*) ¡Ay, Sabina! ¡Todavía no me lo explico! Este Nicolás es irresistible. Bueno, ¿a ti qué te voy a contar?

SABINA.—¡Oh!

AMPARO.—Figúrate que estaba yo con tu marido en el Ateneo. Ya estaba a punto de comenzar la conferencia. Habíamos decidido cenar, después, en el restaurante italiano. Yo, encantada. Tú me habías pedido que acompañara a Manuel. ¿Y qué no haré yo por una amiga? Pero, hija, de pronto, apareció Nicolás. Mira: en cuanto le vi, tuve el presentimiento de que algo iba a pasar...

SABINA.—¡Ah! ¿Sí?

AMPARO.—¡Huy! Para estas cosas tengo yo mucha sensibilidad...

SABINA.—(*Sofocada*) ¡Calla! ¡No sigas!

AMPARO.—(*Sinceramente*) Como me conozco, ¿sabes?

SABINA.—¡Que te calles!

(Pasea de aquí para allá alteradísima)

Conque fue así de sencillo. El hombre maravilloso, el hombre irresistible, llegó, te miró, te dijo unas cuantas cosas graciosas, te habló de una novia vietnamita que tuvo en Saigón. ¿A que sí?

AMPARO.—¡Pobre chica! ¿Verdad?

SABINA.—¡Ea! Y ya está. Tú te volviste loca. ¡Qué frágil eres, Amparo! Pero qué frágil y qué...

AMPARO.—Mujer...

SABINA.—Entonces, sin pensarlo más, dejasteis plantado a mi pobre marido —que, por cierto, está muy enfadado y con razón— y os fuisteis por ahí a tomar copas y a cenar y a bailar. ¡Hala! ¡Viva la vida!

AMPARO.—(*Tan fresca*) ¡Ca! Pero si no fue así...

SABINA.—¡Ah! ¿No?

AMPARO.—¡Qué va! Ni copas, ni nada. Nos fuimos enseguida al apartamento...

SABINA.—(*Muy impresionada*) ¿Tan pronto?

AMPARO.—(*Un suspiro*) A ver...

SABINA.—¡Jesús! ¡Qué prisa!

AMPARO.—(*Con mucho entusiasmo*) ¡Ay, Sabina! ¡Cariño! Es que a Nicolás no hay quien le pare. ¡Digo! ¡Si lo sabrás tú!

SABINA.—¡Oh!

(*Un silencio*)

AMPARO.—El apartamento es muy bonito, ¿verdad?

SABINA.—(*Muy bajo*) Sí.

AMPARO.—Tiene muchas chucherías muy graciosas. Y muchos barquitos de vela. Y una colección preciosa de muñequitos japoneses. ¿Te acuerdas?

SABINA.—(*Con rubor*) No sé. Apenas me fijé...

AMPARO.—(*Sonríe*) Todo está un poco abandonado, eso sí. Como Nicolás viaja tanto. Pero pondremos una moqueta azul celeste y quedará divino. ¿No crees?

(*Silencio*)

SABINA.—¿Resultó muy divertido?

AMPARO.—(*Encantada*) ¡Ay, sí! Una fiesta. Primero tomamos unos whiskys, ¿sabes? Bastantes, por cierto. Después, yo me puse a preparar la cena con algo que habíamos comprado por ahí. ¡Oye! ¡Qué cosas! ¡Yo no había guisado nunca!

SABINA.—¡Ah! ¿No?

AMPARO.—A Nicolás le divertía muchísimo verme trajinar en el fogón. ¿Qué te parece? Está visto que a los hombres no hay quien les entienda. Pero, hija, ¿qué quieres? Si a él le gusta que guise, yo a guisar. Me llevaré a Estocolmo un libro de cocina...

(Otro silencio)

SABINA.—(En voz baja) ¿Fuiste muy feliz?

AMPARO.—(Con cierta emoción) Sí, Sabina. Fui muy feliz. Tan feliz, tan feliz, que esta mañana, cuando desperté, me pareció que descubriría la vida otra vez. Realmente, yo llevaba una mala temporada, ¿comprendes? En los últimos tiempos me estaba portando como una tonta...

SABINA.—¿De veras? Nunca me dijiste nada...

AMPARO.—¡Calla, mujer! Te hubiera dado un disgusto... (Una transición) Esta mañana desayunamos juntos. ¡Fue una delicia! Nos reímos como dos chiquillos. Él me contó toda su vida y yo no le oculté nada. Pero nada, nada. Y entonces fue cuando Nicolás me pidió que me fuera con él a Estocolmo. ¿Qué iba a decir yo? ¡Figúrate! Encantada. Estocolmo debe ser muy bonito en primavera...

(Un corto silencio)

Dime. ¿Estás celosa?

SABINA.—(Con un sobresalto) ¿Quién? ¿Yo? ¿Celosa yo? ¡Qué cosas se te ocurren! ¿Por qué voy a estar celosa? Nicolás no me importa nada. ¡Nada!

AMPARO.—Bueno, si lo prefieres, te lo preguntaré de otra manera: ¡Sabina! ¿Te mortifica un poquito que yo me lleve a Nicolás?

SABINA.—(Con mucha viveza) ¿A mí? ¿Qué dices? Pero ¿cómo puedes pensar eso? Ese hombre ha sido el único error de mi vida. Es mi pesadilla, mi remordimiento, mi desesperación, mi angustia. Todo eso. Deseo con toda mi alma que se vaya muy lejos y no vuelva nunca. En realidad, te quedo muy agradecida...

AMPARO.—(Muy sensata) Eso pensaba yo...

SABINA.—¡Naturalmente!

AMPARO.—(Un suspiro) Pero ¿cómo te diré? También pienso que las cosas pudieran no ser tan sencillas como parecen. ¡La vida es tan sorprendente y las mujeres somos tan complicadas!

SABINA.—¡Amparo! ¿Te quieres callar? ¡No sabes lo que dices!

AMPARO.—¡Oh!

(Aparece Nicolás en la entrada de la terraza)

NICOLÁS.—¿Interrumpo?

AMPARO.—¡Oh, no! Pasa, cariño. Ya hemos terminado. ¡Anda! Te concedo cinco minutos para que te despidas de Sabina. Yo no soy celosa, ¿sabes?

(Entra en la terraza. Están solos Sabina y Nicolás frente a frente. Él sonríe)

NICOLÁS.—¡Je! Es curioso. No habíamos vuelto a estar solos desde entonces. ¿Qué fue lo último que nos dijimos al separarnos? ¿Tú te acuerdas?

(Ella se aleja despacio)

SABINA.—Era mentira, ¿sabes? No fue nada mágico, nada irreal, nada maravilloso. No fue un milagro pequeñito. Fue, sencillamente, un episodio vulgar. Lo de siempre, lo que puede ocurrir cuando se encuentran un hombre audaz, muy experto en esta clase de aventuras, y una pobre mujer, débil y estúpida, que deja de ser ella misma y pierde la cabeza porque ha bebido unas copas. Una conquista más que añadir a una larga serie de conquistas. ¿No es eso?

NICOLÁS.—*(Sonríe)* Te equivocas, Sabina. Fue como un sueño, fue algo mágico y maravilloso. Fue algo que yo no lo olvidaré jamás. Pero también fue un error...

(Ella se vuelve vivamente hacia él y le mira)

Un delicioso error. El destino, a veces, se confunde. Debe ser porque no encuentra otra manera de hacernos un poquito felices. *(Calla un segundo)* Ayer, cuando entré en esta casa —donde nunca hubiera esperado yo encontrarte— y te sorprendí en tu mundo, en tu realidad de todos los días, tal y como de verdad eres, comprendí que nuestra hermosa aventura de una noche no se repetiría. Tú estás encadenada, Sabina. Implacablemente encadenada a un hogar, a un marido, a ti misma. Tú no eres la mujer que yo encontré la otra noche en la fiesta de los Salcedo. Aquella mujer tan alegre y tan fragante que le pedía a la vida un poco de ilusión y de locura. Tú eres, realmente, esta otra mujer que tengo ahora ante mí. ¡Sabina Fontán! ¡La señora de Fontán! ¡La que nunca se perdonará a sí misma haber engañado una vez a su marido! Una mujer encantadora, eso sí. Pero distinta. La otra, mi Sabina, la que estuvo una noche entre mis brazos, está ya muy lejos. ¡Quizá no vuelva nunca!

(Ella le mira largamente y suspira)

SABINA.—¡Dios mío! ¡Qué inteligentes son los hombres!

(Un silencio)

NICOLÁS.—¡Sabina!

SABINA.—¿Sí?

NICOLÁS.—¿Puedo hacerte una pregunta?

SABINA.—¡Naturalmente! ¿Por qué no?

NICOLÁS.—¿Hubieras sido capaz de venir conmigo a Estocolmo, a Roma, a Pekín, al fin del mundo?

(Sabina tarda mucho en contestar. Ahora, muy bajo, casi ofendida)

SABINA.—No. ¿Cómo puedes pensar eso?

NICOLÁS.—*(Sonríe)* ¡Claro! Lo sabía...

SABINA.—*(Con una suave ironía)* ¡Oh! Tú lo sabes todo. ¿Quién puede engañarte a ti?

(Un silencio)

NICOLÁS.—Bien. Nos queda el recuerdo. ¡Un bello recuerdo!

SABINA.—¡No! Yo olvidaré pronto.

NICOLÁS.—¡Oh, no! Eso, no. Tú no olvidarás nunca.

SABINA.—¿De veras? ¡Qué presumido eres!

NICOLÁS.—Nunca se olvida una hora feliz...

(Otro silencio)

SABINA.—¡Nicolás!

NICOLÁS.—¿Qué?

SABINA.—¿Y Amparo?

NICOLÁS.—*(Divertido)* ¡Oh! ¡Amparo! ¡Amparo! ¿No lo comprendes? Para olvidar a una mujer solo hay un remedio: ¡otra mujer!

SABINA.—¡Oh!

NICOLÁS.—¡Amparo es mi solución de urgencia!

SABINA.—¡Nicolás! ¡Tú eres un cínico!

NICOLÁS.—*(Sonríe)* Un poco. Pero ¿qué quieres? Tengo que defenderme. Además, Amparo me gusta. Tengo la seguridad de que será una compañera muy

estimulante y muy divertida. *(Cambia de tono)* Estoy harto de mi soledad, ¿sabes? Quizá es que me estoy haciendo viejo. Pero cada día se me hace más dura y más difícil la vida a solas conmigo mismo. El almuerzo de cada mañana en un restaurante distinto. La barra de un bar diferente cada noche. La habitación de un hotel, extraño, en una ciudad desconocida, todas las madrugadas. Y yo solo, siempre solo. Me abrumba todo eso, ¿entiendes? Necesito compañía, un poco de compañía...

(Se calla. Por la terraza surge Amparo)

AMPARO.—*(Muy gentil)* ¿Qué? ¿Ya? ¿Todo está en orden?

NICOLÁS.—¡Amparo! Te espero en la calle. No tardes.

AMPARO.—Sí, cariño...

(Nicolás se vuelve hacia Sabina. Los dos se miran)

NICOLÁS.—¡Suerte, Sabina!

SABINA.—Suerte, Nicolás...

(Nicolás se va por el fondo)

AMPARO.—*(Confidencial)* Dime. ¿Ha sido muy difícil?

SABINA.—¡Oh, no! ¿Por qué?

(Sabina da unos pasos y se aleja. Llega hasta la terraza)

¡Amparo!

AMPARO.—¿Qué?

SABINA.—¡Acabo de tomar una determinación!

AMPARO.—¡No me asustes! ¿Qué determinación es esa?

(Sabina se vuelve muy resuelta)

SABINA.—¡Voy a contárselo todo a mi marido!

(Amparo se queda atónita y suspensa, con los ojos abiertos de par en par)

AMPARO.—¿Cómo? ¿Qué has dicho? ¿Que se lo vas a contar?

SABINA.—¡Ah, sí, sí! Estoy decidida. ¡Tengo que contárselo! Lo necesito. Solo así podré salir de esta obsesión y de este remordimiento...

AMPARO.—(*Horrorizada*) ¡No! ¡Por Dios! Eso, nunca...

SABINA.—Te digo que sí. Se lo cuento, se lo cuento...

AMPARO.—¡Sabina! ¡Recapacita! ¡Que no es costumbre!

SABINA.—(*Con muchísima energía*) ¡Vaya si se lo cuento!

AMPARO.—Pero ¿serás capaz? ¿Serás capaz de decirle a tu marido que te has acostado con Nicolás?

SABINA.—¡Huy! Por estas...

AMPARO.—¡Sabina! ¿Te has vuelto loca?

SABINA.—(*Con desesperación*) ¡Calla! Pero ¿es que aún no lo entiendes? ¡Manuel tiene derecho a saberlo!

AMPARO.—(*Indignada*) ¡Anda! ¿Y a él qué le importa?

(Sabina habla ahora con más sosiego, pero con una insobornable decisión)

SABINA.—¡Amparo! Procura comprenderme. Manuel no puede vivir así, engañado hasta la eternidad, como un ridículo marido de vodevil. ¡No! Él no se lo merece. Es un hombre bueno, un hombre maravilloso, que ha puesto en mí todo su amor y toda su fe. Tiene que saber, tiene que saber. Y después, cuando sepa, que me maldiga, que me perdone o que me mate. Porque, a lo mejor, me mata, ¿no crees?

AMPARO.—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

SABINA.—¡No importa! ¡Que me mate! Yo, tan contenta. ¡Pero tiene que saber! ¡Y lo sabrá! Solo entonces, cuando lo sepa, podré volver a mirarle cara a cara. Además, yo necesito esta confesión. Es lo único que puede liberarme de esta angustia que me ahoga. Es lo único que puede justificarme un poco. Me siento tan mala, tan perversa...

(Amparo, que ha escuchado a Sabina, asustadísima, da un paso hacia ella)

AMPARO.—Pero ¿te das cuenta de lo que va a ocurrir si tu marido se entera? ¡Le vas a dar un disgusto!

SABINA.—(*Terca*) ¡No importa!

AMPARO.—¡Es la catástrofe!

SABINA.—¡No importa!

AMPARO.—Mira que Manuel es muy celoso...

SABINA.—¡No importa!

AMPARO.—¡Jesús! ¿En esta casa hay armas de fuego?

SABINA.—¡Una escopeta!

AMPARO.—Ya es suficiente. ¡Manuel empezará a pegar tiros!

SABINA.—¡Ah, sí, sí! Tiros, tiros. ¡Muchos tiros! ¡Digo! ¡Menudo es mi marido!
¡Que se prepare Nicolás! ¡Le va a dejar frito!

AMPARO.—(*Muy apurada*) ¡Dios mío! ¡Qué tragedia! ¡Y todo por nada!

SABINA.—(*Furiosa*) ¡No importa! ¡Te digo que no importa!

AMPARO.—¡Ay, Sabina, Sabina!

(*Sabina, bruscamente, en una transición, se derrumba*)

SABINA.—Pero ¿cómo se lo digo? ¡Dios mío! ¿Cómo se lo digo? Estoy segura de que Manuel no me comprenderá. Él no concibe el engaño. Para él no existen ni la mentira, ni la doblez, ni la traición. Es tan puro, tan limpio, tan inocente...

AMPARO.—(*Casi asustada*) ¿Tú crees?

SABINA.—¡Oh! Tú no conoces a Manuel...

AMPARO.—¡Hija! ¿Qué va a decir una?

SABINA.—(*Desesperada*) ¡Oh! ¿Por qué no tendré yo un marido de esos que tienen otras mujeres? ¡Un golfo! ¡Un libertino! ¡Un sinvergüenza! ¡Un mujeriego! ¡Un marido como debe ser un marido! ¡Ea! ¡Un marido cabal! ¡Ay! Entonces, todo sería muy fácil para mí. Yo me plantaría ante él, le miraría fijamente a los ojos y le diría: «¡Amigo mío! ¡Óyeme bien! Te he engañado. ¡Hala! Para que lo sepas. Ojo por ojo y diente por diente». Y ni escándalos, ni tiros, ni nada de eso. Y lloraríamos juntos el uno por el otro y nos querríamos mucho. ¡Mucho! ¡Más que nunca! (*Con dolorosísima indignación*) Pero ¿cómo le digo yo todo eso a mi pobre Manuel? ¡Si es un santo! ¡Si es un bendito! ¡Si, jamás, jamás, ha tenido un mal pensamiento! (*De pronto, en un estallido de coraje*) ¡Si es tonto!

AMPARO.—¡No! Tonto, no...

SABINA.—(*Furiosa*) ¡Sí! Tonto, tonto, tonto. ¡De remate!

AMPARO.—¡Sabina! ¡Que exageras!

SABINA.—¡Pasmado! ¡Idiota! ¡Más que idiota! De buena gana, le daría de bofetadas...

AMPARO.—¡Oh!

(*Sabina, un poco más calmada, habla con muchísima amargura*)

SABINA.—Si, por lo menos, en la vida de mi marido hubiera un desliz. Una pequeña aventura. Un tropiezo. Nada. ¿Comprendes? Uno de esos amoríos fugaces e intrascendentes que tienen todos los hombres. Algo que le hiciera salir de ese estado de inocencia en que vive. Algo que le convirtiera en un ser humano que, por haber pecado, fuera capaz de comprender los pecados de los demás...

(En este momento, aparece Manuel por la primera puerta de la derecha. Se detiene allí, un instante, mirando a las dos mujeres. Ellas también le miran a él. Manuel, con un aire de absoluta indiferencia, cruza el salón)

MANUEL.—Bum, bum, bum...

(Entra en la terraza. Sabina y Amparo, que han seguido sus pasos con la mirada, se miran ahora entre sí)

SABINA.—¡Oh!

AMPARO.—*(Inquietísima)* ¡Ay, Sabina! Yo me marcho.

SABINA.—¿De veras?

AMPARO.—¡No! Deja. ¡No me despido! Hasta siempre. ¡Te enviaré una postal desde Estocolmo!

(Se va, casi volando por el fondo. Vuelve Manuel. Sabina le mira largamente, intensamente, en silencio. Por fin, adopta una decisión y avanza arrolladoramente hacia él)

SABINA.—¡Manuel! Tengo algo que decirte...

MANUEL.—¡Ah! ¿Sí?

SABINA.—Es muy importante...

MANUEL.—¡Hum! ¡Qué casualidad! Yo también quiero hablar contigo.

SABINA.—Bueno, después...

MANUEL.—¡No! Antes...

SABINA.—*(Indignada)* ¡Manuel! ¡No seas autoritario!

MANUEL.—*(Muy suyo)* ¡Sabina! No insistas. Primero hablaré yo y luego me cuentas todos los chismes que quieras...

SABINA.—¡Oh!

(Manuel adopta un tono muy resuelto y un tanto solemne)

MANUEL.—Óyeme, Sabina. Voy a pedirte un favor. ¡Un gran favor! ¡Un inmenso favor que no puedes negarme! Es absolutamente necesario —¿me oyes?— que termine tu amistad con Amparo...

SABINA.—(*Estupefacta*) ¿Qué dices?

MANUEL.—¡Hum! Lo que has oído. ¡Quiero que Amparo deje de ser tu amiga! ¡Quiero que jamás, pase lo que pase, vuelva a poner sus pies en esta casa! ¡Quiero que no la llames nunca! ¡Que no respondas a sus llamadas! ¡Nada! ¿Te enteras? Como si hubiera muerto. ¡Hala!

SABINA.—(*Atónita*) ¡Jesús! Pero ¿todo eso por qué?

MANUEL.—¿Que por qué? ¡Sabina! ¡Amparo no es digna de tu amistad!

SABINA.—Pero, Manuel...

MANUEL.—(*Embalado*) ¡Amparo es una fresca!

SABINA.—¡Oh, no!

MANUEL.—(*Asqueadísimo*) ¡No tiene principios! ¡Ha perdido la decencia!

SABINA.—¡Manuel!

MANUEL.—Tiene muy mala fama. Ya ves tú, en casa de los Maldonado no la invitan nunca...

SABINA.—Bueno. Porque esos son del Opus y exageran¹⁴...

MANUEL.—(*Furioso y terminante*) ¡¡Se va con Nicolás a Estocolmo!!

SABINA.—¡Anda! ¿Y por eso estás tan enfadado con ella? Pero, tonto, ¿a ti qué más te da...?

MANUEL.—¡¡Sabina!! ¡No me provoques!

SABINA.—¡Manuel! Pero ¿cómo puedes pedirme que renuncie a la amistad de Amparo? ¡Es mi mejor amiga!

MANUEL.—(*Terriblemente mordaz*) ¡Hum! ¿Tú crees?

SABINA.—¡Naturalmente!

MANUEL.—¡Santo Dios! ¡Lo que hay que oír...!

SABINA.—¡Ah, no! Por favor, no insistas. No me pidas eso. Amparo es un poco loca, ya lo sé. Pero yo la quiero. Nunca dejaré de ser su amiga. No podría. Cometería una ingratitud espantosa. Nos conocemos desde que éramos unas chiquillas. Tú lo sabes. Nuestras familias veraneaban en San Sebastián y allí empezó todo. Yo me casé contigo y ella se quedó soltera. Pero siempre hemos estado muy unidas. No tenemos secretos la una para la otra. Yo se lo cuento todo. Y ella, a mí, no me oculta nada...

MANUEL.—(*Sarcástico*) ¡Je! ¿Estás segura?

14 *Opus Dei*: prelatura personal de la Iglesia Católica, fundada en 1928 por san José María Escrivá (1902-1975), que difunde el mensaje de que el trabajo y la vida ordinaria son ocasiones de encuentro con Dios y de servicio al prójimo.

SABINA.—¡Segurísima! ¡Digo! Si la hubieras oído hace un ratito contándome con todo detalle su aventura con Nicolás...

(Manuel reacciona encrespadísimo)

MANUEL.—¡Ah! Pero ¿te lo ha contado?

SABINA.—¡Huy! Todo, todo. Si supieras...

MANUEL.—¡Qué poca educación! ¡Qué falta de tacto! ¡Hablarle de esas cosas a una señora! *(Arrollador)* ¡¡Basta!! No sigas. ¡Sabina! Esto se acabó. ¡Amparo ha muerto para ti! ¡De una vez y para siempre! ¡Te lo digo yo! ¡¡Yo!! ¡Tu marido! ¿Está claro?

SABINA.—*(Muy firme)* ¡Manuel! Es inútil. ¡No te obedeceré!

MANUEL.—*(Gritando)* ¡Sabina!

SABINA.—¡Amparo es mi amiga!

MANUEL.—¡¡Sabina!!

SABINA.—¡La quiero y la querré siempre!

(De pronto, Manuel, en un estallido de cólera, se abalanza sobre su mujer, la toma por los hombros y la agita con violencia. Está totalmente fuera de sí)

MANUEL.—¡¡Basta!! ¡Insensata! ¡Rebelde! ¡Más que rebelde! ¡Inocente! ¡Que estás en la luna! Tú no conoces a Amparo. Pero vas a conocerla de una vez. ¡Ea! Para que te enteres: ¡Amparo, tu maravillosa amiga, ha sido mi amante durante seis meses!

(Un silencio mortal. A Sabina, inmóvil, con los ojos abiertos de par en par, casi no se la oye)

SABINA.—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

(Manuel, en una vivísima transición, anonadado, se hunde en el sofá)

MANUEL.—¡Santo Dios! ¿Qué he hecho yo? ¿Es que me he vuelto loco?

(Sabina está mirando a su marido con una intensidad aterradora)

SABINA.—A ver, a ver. ¿Dices que Amparo ha sido tu amante?

MANUEL.—¡Sí!

SABINA.—¡No!

MANUEL.—Que sí, Sabina, que sí...

SABINA.—¿Amparo? ¿De veras?

MANUEL.—(*Derrotadísimo*) ¡Amparo! ¡Amparo!

SABINA.—(*Suspensa*) Es increíble...

MANUEL.—Hum...

SABINA.—¿Durante seis meses?

(*Manuel está a punto de echarse a llorar*)

MANUEL.—Justo. Desde un fin de semana que la llevamos con nosotros a Marbella. ¿Te acuerdas? Aquel domingo, tú te despertaste con un poco de gripe y decidiste no salir de la habitación del hotel. Entonces, Amparo y yo nos fuimos a la playa. Y allí empezó todo...

SABINA.—¿En la playa?

MANUEL.—¡No! Después, en el hotel. Amparo me invitó a tomar unas copas en su cuarto. Y ya puedes figurarte. ¿Qué iba a hacer yo? Porque tú no conoces a Amparo, Sabina, tú no la conoces... (*Con auténtica desesperación*) ¡Sabina! ¡Sabina! ¡Mi pobre mujer! ¡Mi santa esposa! ¡La mártir! ¿Podrás perdonarme algún día?

SABINA.—¡Calla! Deja eso. ¿Y después? ¿Cómo fue después? ¡Vamos! ¡No me ocultes nada!

MANUEL.—¡Sabina! ¡Ten lástima de mí!

SABINA.—¡Sigue! ¿Dónde os veáis?

MANUEL.—(*Con cierto rubor*) En casa de Amparo...

SABINA.—¡Claro! Como vive sola. ¿Dónde mejor?

MANUEL.—(*Sinceramente*) A ver...

SABINA.—(*Interesadísima*) ¿Todos los días?

MANUEL.—¡No! Miércoles y viernes. De cuatro a siete...

SABINA.—¡Ah! ¡Es que tú eres un hombre de orden...!

MANUEL.—(*Muy compungido*) Bueno. Algunas noches salíamos a cenar por ahí. Yo te engañaba a ti con cualquier pretexto. ¿Te das cuenta?

SABINA.—¡Ah! ¿Sí?

MANUEL.—(*Emocionado*) ¡Oh! Tú eres tan ingenua, tan cándida, tan inocente...

SABINA.—Entonces, ¿cuando me decías que ibas a cenar con unos amigos para fundar una asociación política?

MANUEL.—(*Dolorosamente*) ¡Amparo! ¡Amparo! Era Amparo...

SABINA.—¡Oh!

MANUEL.—¡Si es que no tengo vergüenza! ¡Si es que soy un mal hombre!

(El rostro de Sabina se ilumina con una vivísima esperanza)

SABINA.—¡Manuel! ¿Todo eso es verdad? ¿No me engañas?

MANUEL.—¡Huy! ¡Qué más quisiera yo!

SABINA.—¿Puedo estar segura?

MANUEL.—¡Segurísima!

SABINA.—¿Me lo juras?

MANUEL.—¡Por la santa memoria de mi madre, que está en la gloria!

(Sabina da un paso hacia él, ilusionadísima)

SABINA.—Pero, entonces, tú no eres el hombre que yo creía...

MANUEL.—*(Apenadísimo)* ¿Quién? ¿Yo? Quita, mujer, quita...

SABINA.—¡Tú no eres un santo!

MANUEL.—Sí, sí. ¡Santo! ¡Me río yo!

SABINA.—Tú no eres puro, ni eres honesto, ni eres honrado, ni eres nada de eso...

(Manuel está sumido en una dolorosísima contrición)

MANUEL.—¡Calla! ¡Yo soy un sinvergüenza! ¡Un hipócrita! ¡Un farsante! ¡Maldita sea mi estampa! ¡Me daría de bofetadas!

SABINA.—*(Triunfante)* ¡Eres un marido como todos los maridos!

MANUEL.—*(Con mucha energía)* ¡Peor!! Te lo digo yo...

(De pronto, Sabina grita con una inmensa y desbordante alegría)

SABINA.—¡Manuel! ¡Amor mío! ¡Mi vida!

MANUEL.—*(Estupefacto)* ¿Cómo?

(Sabina se lanza sobre Manuel y le abraza)

SABINA.—¡Dios mío! ¡Qué alegría me das! Pero qué alegría...

MANUEL.—*(Atónito)* ¡Sabina! ¿De veras te alegras?

SABINA.—¡Oh! ¡Que si me alegro! Tú no sabes...

MANUEL.—*(Desconcertadísimo)* ¡Caramba! Pues si yo lo hubiera sabido te lo hubiera dicho muchísimo antes...

(Sabina está loca de alegría. Va de aquí para allá. Ríe y llora de puro gozo)

SABINA.—¡Dios mío! ¡Me ha engañado! ¡Me ha engañado! ¡El muy granuja me ha engañado! ¿Y cómo? De la manera más ruin y más cruel. ¡Con mi mejor amiga! ¡Ah! ¡Canalla! ¡Mal hombre! ¡Traidor!

MANUEL.—¡Sabina! ¡Tranquilízate!

SABINA.—*(Alegrísima)* Calla, bandido. ¡Seis meses de engaño! ¡Seis! ¡Que se dice pronto! Día a día. ¡Miércoles y viernes, de cuatro a siete! Yo confiada, tranquila, segura de su cariño, orgullosa de su fidelidad, pobre de mí. Adorándole, queriéndole. ¡Tonta! ¡Estúpida! ¡Más que estúpida! Y él, entretanto, entregado al lío, al placer, a la depravación, a la mentira, al engaño. ¡Ah! ¡Miserable!!

MANUEL.—*(Muy asustado)* ¡Sabina! Estate quieta...

SABINA.—¡Jesús! Y yo creía que era tonto...

MANUEL.—Mujer...

SABINA.—Pero ¿cómo he podido estar tan ciega?

MANUEL.—¡Sabina! ¡No te rías! ¡Que me estoy poniendo muy nervioso!

(De pronto, Sabina salta, muy contenta y con muchísima naturalidad)

SABINA.—¡Manuel! ¿No sabes? La otra noche me acosté con Nicolás...

(Manuel, horrorizado, abre los ojos de par en par y casi se tambalea)

MANUEL.—¿Qué has dicho?

SABINA.—¡¡Sí!!

MANUEL.—¿Que tú...?

SABINA.—¡Que sí!

MANUEL.—¡¡Repítelo...!!

SABINA.—*(Contentísima)* ¡Ca! Lo has oído perfectamente...

MANUEL.—*(En un grito)* ¡¡No!! ¡Eso, no! ¡No es verdad! ¡No te creo! ¡Mentira! ¡Mentira!

SABINA.—*(Triunfante)* ¡Amigo mío! ¡Ojo por ojo! ¡Diente por diente!

MANUEL.—¡¡Sabina!! ¡Desventurada! ¡Mala mujer!

SABINA.—¡Depravado! ¡Ojo por ojo!

MANUEL.—¡Sabina! ¡Que me matas!

SABINA.—¡Diente por diente!

MANUEL.—(*Casi ahogándose*) ¡Socorro! ¡Esto es un asesinato!

SABINA.—¡Ojo por ojo!

MANUEL.—¡Sabina!

SABINA.—¡Diente por diente!

MANUEL.—¡¡Sabina!!

(En este momento, se encuentran los dos frente a frente. Callan un segundo. Él la mira horrorizado)

¡Por Dios! Dime que no es verdad. Dime que eso lo has inventado para vengarte de mí...

SABINA.—¡Quia! Es la pura verdad...

MANUEL.—(*Aterrado*) Pero, entonces, eras tú. ¡Tú!

SABINA.—¡Sí! Era yo...

MANUEL.—¡La maravillosa mujer que Nicolás conoció en una fiesta!

SABINA.—¡La misma...!

MANUEL.—¡En la fiesta de los Salcedo!

SABINA.—Allí, allí...

MANUEL.—¡Tú, Sabina, tú! ¡¡Mi mujer!!

SABINA.—¡Sí! ¡Tu mujer!

(Manuel recapitula con espanto)

MANUEL.—¡Calla! Entonces, ayer, cuando estábamos aquí tomando café y Nicolás nos contaba su aventura, ¿se refería a ti?

SABINA.—¡Naturalmente!

MANUEL.—¡Santo Dios! ¡¡Y me lo contaba a mí!! ¡A mí!

SABINA.—A ti, a ti...

MANUEL.—¡Huy! ¿Dónde está? ¿Dónde está ese rufián? ¡Que lo mato! ¡Te juro que lo mato!

SABINA.—¡Oh!

MANUEL.—(*Excitadísimo*) Dime, ¿Amparo lo sabía?

SABINA.—¡Sí! Lo sabía...

MANUEL.—¡¡Cristo!! Entonces, ¿todos habéis jugado conmigo?

SABINA.—¡Granuja! ¿Es que tú no has jugado con los demás?

(Manuel pega un brinco, irritadísimo, herido en lo más profundo)

MANUEL.—Pero ¿qué has hecho? ¡Desventurada! ¿Qué has hecho? ¡Me has puesto en ridículo! ¡Me has hundido en el deshonor! ¡Has pisoteado mi nombre y mi prestigio! ¡Mala mujer!

SABINA.—¡Me has engañado con mi mejor amiga! ¿No te parece una infamia?

(Manuel se yergue soberano)

MANUEL.—¡Pero yo soy un hombre...!

SABINA.—*(Furiosa)* ¡¡A callar!! ¡Sinvergüenza!

(Calla. Durante un instante se miran los dos frente a frente como dispuestos a acometerse. Pero, bruscamente, Sabina se echa a llorar y escapa)

SABINA.—¡Dios mío! ¿Qué hemos hecho? ¿Es que nos hemos vuelto locos?

(Un silencio. Manuel, cabizbajo, humilladísimo, da unos pasos y se refugia en el sofá)

MANUEL.—Hummm...

(Sabina con ternura)

SABINA.—¡Manuel!

MANUEL.—¿Qué?

SABINA.—¿Qué era para ti Amparo?

(Manuel calla y piensa. Habla derrotado)

MANUEL.—Era la libertad. Tú eras una esposa tan rígida, tan inflexible, tan perfecta...

(Un silencio)

¿Comprendes?

SABINA.—¡Sí!

(Otro silencio)

MANUEL.—¡Sabina! ¿Puedo saber?

SABINA.—Di, cariño...

MANUEL.—¿Qué ha significado para ti Nicolás?

SABINA.—La huida. Ahora lo comprendo. La entrada en un mundo a donde solo se llega soñando con sueños que están prohibidos. ¿Lo entiendes?

MANUEL.—Sí...

SABINA.—Tú parecías tan bueno, tan honesto. ¡Un santo!

MANUEL.—(*Rencorosísimo*) ¡Bandido!

(*Otro silencio*)

SABINA.—Nos creíamos que éramos felices y no lo éramos. ¿Verdad, Manuel? Nos habíamos creado un mundo para nosotros solos. Pero ese mundo era demasiado estrecho, muy pequeñito. Y de pronto, un día, sin que nadie pudiera evitarlo, ese mundo se derrumbó...

MANUEL.—Quizá.

(*Manuel se calla. Y, ahora, con un irreprimible interés*)

¡Sabina! Por curiosidad: ¿de verdad Nicolás es tan seductor como parece?

SABINA.—(*Muy bajito*) ¡Sí!

MANUEL.—(*Con muchísima amargura*) No me extraña. Me ha robado todas las mujeres de mi vida. Primero, Adelita, aquella chica. Después, tú. Y ahora se lleva a Amparo a Estocolmo...

SABINA.—¡Oh!

MANUEL.—(*Un suspiro*) ¡Qué destino!

SABINA.—¡Pobre Manuel! No tienes suerte...

MANUEL.—Hum...

(*Un gran silencio*)

SABINA.—Naturalmente, habrá que tomar una determinación...

MANUEL.—¡Claro! Eso mismo pienso yo...

SABINA.—No podemos seguir viviendo juntos, ¿verdad?

MANUEL.—¡Figúrate! ¡Imposible! Después de lo que ha pasado...

SABINA.—Nuestra vida en común sería un infierno, ¿no crees?

MANUEL.—¡Un suplicio! ¿Quién sabe si llegaríamos hasta la violencia?

SABINA.—Todas las mañanas, al despertar, cuando nos miráramos el uno al otro, tú te acordarías de Nicolás y yo pensaría en Amparo. Y ahí empezaría otra vez

el drama de cada día. Los reproches, las lágrimas, los gritos, el escándalo.
¡Ah, no! ¡Qué horror! Eso, jamás...

MANUEL.—Además, ¿qué diría la gente?

SABINA.—¿La gente? ¿Tú crees?

MANUEL.—¡Digo! Si se supiera por ahí que, después de habernos engañado el uno al otro, nos habíamos perdonado y volvíamos a querernos y a vivir juntos, tan felices, la gente lo iba a tomar muy a mal...

SABINA.—¿De veras?

MANUEL.—¡Huy! Aquí hay mucha dignidad, Sabina. Esto no es Europa.

SABINA.—(*Un suspiro*) Entonces, ya está decidido. ¡Nos separaremos!

MANUEL.—Eso es. ¡Nos separaremos!

SABINA.—Para siempre...

MANUEL.—Para siempre...

(*Se callan*)

SABINA.—Pero ¿qué piensas tú? ¿Nos separamos con el juez y los abogados y todo ese jaleo? ¿O, sencillamente, nos despedimos como dos buenos amigos?

MANUEL.—¡Mujer! Yo creo que como amigos...

SABINA.—¡Claro! Es mejor...

(*Ahora, Sabina tiene un temblor en la garganta*)

Entonces, adiós, Manuel...

MANUEL.—¡Adiós, Sabina!

SABINA.—Vete...

MANUEL.—Ya, ya me voy...

(*Pero no se mueve. Los dos se quedan inmóviles y callados, quietos, ensimismados*)

¡Sabina!

SABINA.—¿Qué?

MANUEL.—Me gustaría saber. ¿Qué vas a hacer tú, ahora?

SABINA.—¡Oh! Tengo que pensarlo. De momento, me iré a pasar una temporada a casa de mamá...

MANUEL.—¿A Logroño?

SABINA.—¡Sí!

MANUEL.—Bien pensado...

SABINA.—Tengo que distraerme, ¿sabes?

MANUEL.—¡Claro!

SABINA.—¿Y tú? ¿Qué harás desde mañana?

MANUEL.—¿Yo? Me retiraré. Me iré a vivir a un pueblecito.

SABINA.—¡Ah! ¿Sí?

MANUEL.—Está decidido. Alquilaré una casita y me encerraré allí con mis papeles y mis libros y me dedicaré a escribir sobre la Edad Media...

SABINA.—(*Emocionadísima*) ¡Pobre Manuel! ¡Qué mal lo vas a pasar!

(*Silencio*)

MANUEL.—¡Sabina! El coche para ti. ¡Te lo regalo!

SABINA.—¡Oh, no! No lo permitiré. El coche es tuyo. Te lo quedas.

MANUEL.—Pero, mujer, ¿para qué quiero yo un coche viviendo en un pueblecito?

SABINA.—¡Oh!

MANUEL.—Nada, nada. No se hable más. El coche es tuyo.

SABINA.—Gracias.

MANUEL.—¡Ah! Y el chalé en Benidorm, también...

SABINA.—¿También?

MANUEL.—También. Y el dinero que hay en el Banco. Todo, todo para ti.

SABINA.—Pero, Manuel, te vas a quedar en la ruina...

MANUEL.—¡No me importa!

SABINA.—¡Oh!

(*Callan. Manuel mira en torno con mucho desconsuelo*)

MANUEL.—Este piso. Se nos había olvidado este piso. ¿Qué hacemos con este piso, Sabina?

SABINA.—¿Te acuerdas? Lo pusimos con tanto cariño y tanta ilusión...

MANUEL.—¡Ea! Pues el piso también para ti...

SABINA.—¡No! ¡No lo quiero!

MANUEL.—¡Ah, sí, sí! No discutamos. Te quedas con el piso.

SABINA.—¡Manuel! No insistas. No podría vivir sola en este piso. Me moriría de pena...

MANUEL.—Bueno. Entonces, si a ti te parece bien, lo venderemos...

SABINA.—(*Indignada*) ¿Que has dicho? ¿Vender este piso? Pero ¿estás loco? Hemos vivido aquí seis años. Todo está lleno de recuerdos. ¡Venderlo sería casi un sacrilegio!

MANUEL.—(*Muy animado*) ¡Calla! Tengo una idea. Podemos conservar el piso. Y de vez en cuando, tú y yo nos llamamos y venimos aquí los dos y charlamos de nuestras cosas y lo pasamos tan ricamente...

(*Sabina se vuelve hacia él muy severa*)

SABINA.—¡Manuel! ¿Qué estás pensando? Pero ¿es que quieres separarte de mí y después liarte conmigo?

MANUEL.—(*Avergonzadísimo*) ¡Calla! No había caído...

SABINA.—¡Oh, Manuel! Tú no tienes remedio...

MANUEL.—¡Hum! ¡Maldita sea!

(*Silencio*)

SABINA.—(*Impaciente*) ¡Vamos! Vete, ya. ¡Por favor!

MANUEL.—Sí. Me voy.

(*Se levanta y muy despacio marcha hacia el fondo*)

Adiós, Sabina.

SABINA.—Adiós, Manuel.

MANUEL.—(*Tímido*) ¿Estás llorando?

SABINA.—Un poco.

MANUEL.—Yo también.

(*Se aleja más*)

Esta noche dormiré en un hotel...

SABINA.—Acuérdate de las pastillas para el colesterol...

MANUEL.—Sí.

(*Manuel ya está bajo el dintel de la entrada del fondo*)

Luego mandaré por mis cosas. Lo más necesario, ¿sabes? Pero no te olvides de poner en la maleta el despertador. Era de mi padre y le tengo mucho cariño...

SABINA.—Bueno...

(*Se callan, una vez más*)

MANUEL.—¡Sabina! ¿Qué nos ha pasado?

SABINA.—¡Cariño! Hemos jugado y hemos perdido...

(Él piensa un poco)

MANUEL.—¡Claro! Eso ha sido. ¡Adiós, Sabina!

SABINA.—¡Adiós!

(Sale Manuel. Sabina, sola, mira en torno con angustia. De pronto, tiene miedo, un miedo infinito. Se tapa la boca con la mano para no gritar. Los sollozos le inundan la garganta. Y, por fin, grita con toda su alma, como pidiendo socorro)

SABINA.—¡Manuel!! ¡No te vayas! ¡Por Dios! ¡No me dejes sola! ¡Tengo miedo!
¡Manuel! ¡Manuel!

(Aparece Manuel, jubiloso y emocionadísimo)

MANUEL.—¡Sabina!

SABINA.—¡Manuel! ¡Amor mío!

MANUEL.—¡Mi Sabina!

(Van el uno hacia el otro y se abrazan estrechamente. Sabina habla entre un torrente de lágrimas)

SABINA.—¡Manuel! ¡No te vayas! ¡No me dejes! No importa nada. ¡Nada! ¿Sabes?
No importa, no importa. ¡Manuel! ¡Por Dios te lo pido! ¡No te vayas! No me dejes, no me dejes...

TELÓN



COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE